This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL
4459
2.3

LIBRERIA RIVADAVIA
DE
G. MENDESKY E HIJO
545-CALLE RIVADAVIA-545
BUENOS AIRES.

SAL 4157.2.3

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

JULIO LLANOS

ARTURO SIERRA

EMILIO DE MÁRSICO

LIBRERÍA DE LOS ESTUDIANTES

PERÚ, ESQUINA VENEZUELA

1884

SAL 4459.2.3

HARVARD COLLEGE LIBRARY

DEC 24 1915

LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

NOTA DEL EDITOR

No hemos creido jamás que fuese arriesgada empresa la de favorecer el desarrollo de la literatúra nacional.

Las nuevas generaciones comienzan á producir, y los lectores de esos millares de hojas impresas que la prensa diaria pone en circulacion, siguen ya con verdadero interés la marcha progresiva de las letras argentinas, durante tanto tiempo aletargadas.

La novela recien empieza á ser cultivada, y en menos del transcurso de un año, varias producciones de ese género han sido escritas y editadas en Buenos Aires, sinó con todo el éxito que fuera de desear, al menos con resultados que bien pueden llamarse satisfactorios, por el movimiento que han orijinado en favor de la literatura nacional.

Nos complacemos en agregar una mas al número de las que hasta hoy han aparecido.

Es la presente, que, su autor, el señor Julio Llanos, titula con el nombre de ARTURO SIERRA.

Muchos son los motivos que nos impulsan á lanzar á publicidad esta edicion.

En primer lugar, el mérito mismo de la

obra,—que nos permitimos, de paso, recomendar al lector.

El argumento de ARTURO SIERRA presenta, desde sus primeras pájinas, un interés dramático capaz de dar, por sí solo, vida y circulacion al libro. Ese argumento se halla bien desarrollado. El estilo de la obra es galano y correcto.

Por otra parte, el nombre del autor es ya suficientemente conocido en ambas orillas del Plata.

Su historia de la vida de Camila O'Gorman, publicada en Buenos Aires, ha sido tambien editada en Montevideo, considerándosela la mas verdadera y mas completa,— la única quizás digna de ese gran episodio de la tiranía de Rosas.

Todas estas razones nos han movido á adquirir del señor Llanos el derecho de hacer la primera edicion de su novela.

Confiamos en que el público sabrá apreciarla en lo que merece.

de MÁRSICO.

I

EL CRIMEN

Una desmantelada *pulperia* de nuestra campaña Sud, situada próxima á las márgenes del Salado, habia merecido de los vecinos el característico nombre de *Chumbeada*. Con él se la designaba y se la conocia en muchas leguas á la redonda, á pesar de los esfuerzos de su dueño, quien, pretendia que ocho ó diez limetas, con otras tantas botellas de distintos brevajes, y sus cuatro arrobas de yerba, debian merecer un calificativo menos denigrante.

El buen hombre se afanaba en vano, se enfurecia inútilmente cuatro ó seis veces al dia, porque un gaucho medio ébrio le arrojaba en las narices, como un insulto, el nombre ya famoso de su casa.

Habia, pues, adoptado el peor método para hacerlo olvidar.

Mandó hacer unas enormes letras rojas que

componian el nombre de San Vicente de San Felix; pero ni por quererse colocar bajo la proteccion de dos santos era mas feliz en su empeño. Los gauchos no sabian leer, y se negaban á decir otra cosa que *Chumbeada.*

Mas, dejemos al dueño del negocio, que poco nos interesan sus rabietas.

Corria el año sesenta y.....

La *Chumbeada* asilaba en una hermosa tarde de Abril á unos cuantos individuos, dos de los cuales nos importa conocer.

Un jóven alto, delgado, de aspecto sério, mas bien sombrio, era el uno; su barba negra y crespa encuadraba un semblante pálido, iluminado por unos ojos pardos, pequeños y vivos, que se fijaban poco, variando continuamente la direccion de su mirada punzante.

Vestia con poca desenvoltura el pintoresco traje del gaucho: su *chiripá* de paño negro, sus altas botas charoladas, su camiseta de merino llena de bordados, y su rumboso tirador, anunciaban á un hombre mimado por la suerte.

En el momento que lo presentamos al lector, hacia una rápida seña á un paisano bajito, verdadero gaucho en su traje y maneras. Ves-

tia pobremente, pero aseado; era mas bien rubio, de poca barba, pelo lácio, bastante largo.

Calzaba una suave y blanca bota de potro, por cuya punta aparecian los dedos.

Respondió á la señal del jóven con un imperceptible movimiento de cabeza, agotó de un sorbo el vaso de caña que tenia á su lado, salió á la puerta, miró el cielo, y volviéndose hácia los demás, pronunció gravemente un *queden con Dios, señores*, y se dirijió sin prisa á tomar su caballo del *palenque*.

—¿Dónde irá el *cortito*? observó uno de los circunstantes.

—A darle malon á alguna vieja.

El *cortito*, era el apodo con que se designaba siempre al paisano que hemos visto salir.

—Asi ha de ser, agregó otro; cuando él cae á la *esquina* es porque anda pensando alguna jugada. La vez pasada que se le ocurrió pelear á la *partida* estuvo aquí jaraneando primero.

—Y anda en caballo manso.....

—Como para alzar en la anca.

—De repente lo van á matar: es muy sin miedo.

—No ha caido al pago el hombre que le aguante el resuello.

—No diga eso, cuñao, que donde hay unos andan otros.

El jóven que hemos presentado al lector oia en silencio todo aquello, significando en su sepresion que nò le eran agradables tales comentarios.

La conversacion de los paisanos jiró sobre las próximas carreras, y él, que parecia no interesarse en ellas, saludó cortesmente y se dirigió al *palenque*, donde tenia tambien su caballo, ricamente *aperado*.

Montó en él y caminó lentamente en el mismo rumbo que el *cortito*.

A unas quince cuadras de la *Chumbeada* existia un *pajonal*, y fué hácia la orilla Sud que se dirijieron nuestros personajes.

El *cortito* esperaba pacientemente recostado en el suelo.

De vez en cuando fijaba su vista en el caballo maneado á corta distancia.

—Ahí viene, murmuró de pronto, levantándo-

se. El caballo habia inclinado las orejas hácia adelante y miraba con insistencia.

En efecto: como á una media cuadra cruzaba sin mucha prisa el jóven que hemos visto salir último.

El *cortito* montó y procuró aproximársele rápidamente.

—Con que son exactos los informes recibidos?

—¿Como dice, señor?

—Si es cierto lo que le dijo el peon ayer.

—Si señor. Ese hombre no me engaña.

—Mire que todo depende de eso.

—Ya lo sé; pero es seguro que solo está el viejo ño Rufino. Don Florencio se ha ido con ese otro mozo y los peones hasta Jeppener. No pueden llegar sinó mañana temprano, y eso trasnochando. Ni la vieja mucama está en la casa: por que se le ocurrió....

—¿Y está seguro de que las señoras no han ido tambien?—preguntó el jóven á quien no le interesaban los datos sobre la sirvienta.

—Si, señor: ellas se quedaron para hacer los últimos preparativos, porque el casamiento deberá ser pasado mañana: usted lo sabe.

—Bueno: ahora seré yo el que me case,—dijo

el jóven con voz enronquecida, dejando que sus lábios delgados y empalidecidos dibujaran una sonrisa siniestra.

—¿Llegaremos á la oracion, no es eso?

—Es la mejor hora, mas tarde no nos dejarian bajar.

—¿Y que nos importa?

—Algo, señor, porque si desconfian se hace difícil el golpe: las señoras se encerrarian en las piezas y las puertas son muy seguras.

—Tal vez tenga razon. Oigame: yo procuraré ir á las habitaciones de la estancia con cualquier pretesto; cuando esté dentro, usted asegura al viejo atándolo ó matándolo, como le convenga; despues pasa á reunirse conmigo, porque allí tendrá que hacerse cargo de misia Dorotea, la amordaza y asegura las manos, que yo me cuidaré de la jóven. Y los ojos de aquel hombre se iluminaron repentinamente.

—Eso haré, señor.

—Ahora galopemos que ya el sol desaparece. Voy á colocarme este pañuelo en la cara, pues no quiero que me conozcan en el primer momento.

Era la hora en que las últimas indecisas claridades del sol habian cedido su dominio á los pálidos reflejos de la luna que se levantaba esplendorosa, sin que la mas lijera nube interceptara los rayos de su luz triste y tranquila, enviada como presente de un mundo que fué.

La estancia á que se dirijian nuestros personajes no tenia una esterioridad notable.

Eran siete habitaciones mas ó menos mal dispuestas como en la generalidad de tales establecimientos.

Agregábase á ellas, un tanto alejada, la espaciosa cocina de los peones con su respectiva ramada; un poco mas lejos el solitario galpon. Grandes sauces y colosales ombúes levantaban sus ramosas copas.

Existia tambien una innumerable cantidad de árboles de durazno mezclados con peros y manzanos, rodeados por altísimos álamos.

Las habitaciones estaban amuebladas con gusto, y casi con riqueza.

En ese dia todo respiraba órden, habíanse arreglado los muebles y las camas con mayor esmero que de costumbre.

—Ve, señor, como solo hay un caballo atado,

lo que quiere decir que no está mas que ño Rufino, dijo el *cortito*.

—Ya lo he observado, y recien me pasa la inquietud que sentia al aproximarme, temiendo que algunos pasajeros nos dificultaran la operacion.

—Ya no hay cuidado.

—¿A usted lo conoce ese viejo Rufino?

—Si, señor, me ha visto algunas veces.

Cuatro ó seis mastines avanzaron hasta rodear á los viandantes amenazando sus cabalgaduras.

—Ave Maria! gritó el *cortito* desde el palenque.

—Qué Ave Maria, ni loro muerto,—esclamó el jóven bajándose del caballo, sin mucho temor á los canes.

—Parece que alguien lo apura al patron, murmuró el *cortito*, sonriéndose, y siguiéndole en lucha abierta con los perros.

El viejo á quien habia llamado ño Rufino se adelantaba calmosamente, llamando al órden á los celosos guardianes.

—¿Está D. Florencio? le preguntó el jóven.

—No, señor: hoy á la madrugada salió para la estacion Jeppener.

—Me contraria eso profundamente; ¿cuando volverá?

—Lo esperan mañana temprano.

—¿Y podremos descansar un momento?

—Si, señor, respondió el viejo mientras saludaba respetuosamente al *cortito*.

Pasaron á la cocina.

Nuestros personajes tomaron asiento silenciosamente.

El jóven estaba aún mas pálido que de costumbre, pero no habia vacilacion ni en sus ademanes ni en su mirada.

—Y no seria posible hablar con misia Dorotea ó la niña? preguntó al viejo que se ocupaba en atizar el fuego. Quisiera dejar un encargo para Don Florencio.

—Voy á ver, creo que no tendrán inconveniente: su nombre, señor?

—Ellas no lo conocen: dígales que es respecto á un negocio solicitado por el patron.

El viejo se alejó.

—No pierda tiempo: en cuanto yo llegue donde están las señoras, asegúreme ese hombre.

El *cortito* sonrió casi con desden, como diciendo, están demás sus recomendaciones.

—Pase adelante, señor, pronunció ño Rufino entrando.

El jóven se levantó rápidamente y caminó despues sin prisa hácia las habitaciones de la familia.

Penetró al comedor donde estaban las señoras esperándolo.

Examinémoslas á la luz de la lámpara que ocupa el centro de una gran mesa.

La una, á quien ya hemos oido nombrar Dorotea, era alta, muy delgada, de unos 45 años, bien marcados en su semblante cruzado por arrugas que delataban una vejez permatura, ojos pardos, grandes, de mirada suave, casi melancólica; sus facciones eran correctas, dejando adivinar que en la primavera de su vida le habrian llamado hermosa muchísimas veces.

La compañera era jóven, de unos diez y ocho años, regular estatura, blanca, pelo negro ondulado, ojos oscuros, grandes, hermosos, que miraban acariciando con una espresion notable de bondad y dulzura; nariz fina, perfilada, boca pequeña, lábios rosados de graciosa on-

dulacion, que mostraban al sonreir unos dientes iguales de brillantísimo esmalte. Parecia envolverse en una atmósfera de virtud, de encanto irresistible, que hacia pensar en la ventura.

El desconocido las habia saludado sin quitarse el sombrero, ocupando sin ceremonia una silla próxima á la puerta.

Misia Dorotea le interrogó. La jóven se habia estremecido á su presencia con una inquietud estraña: la mirada de aquel hombre le habia hecho daño, evocándole recuerdos de un pasado no lejano.

—Venia, señora,—respondió el jóven con voz lenta,—enviado por el mayordomo de *Chacabuco,* para decir á Don Florencio que sus encargos estaban listos y hecho el negocio que él propuso.

—Nosotras no tenemos conocimiento de tales cosas.

—Lo supongo, pero no he querido fiar á la memoria del peon nada de esto, pues Don Florencio se interesaba mucho en la negociacion efectuada.

—De manera que le diremos que todo se ha arreglado?

—Y algo mas señora.....

En ese instante apareció en la puerta el *cortito*.

La jóven, llamada Ofelia, ahogó un pequeño grito y se puso de pié.

El desconocido la imitó, quitándose rápidamente el pañuelo que le ocultaba el rostro.

—Arturo! esclamaron á un tiempo las señoras, la una con espanto y con temor marcadísimo la otra.

—Sí: Arturo! que viene como lo prometió á pedir cuenta de su fé, de su amor, de sus ilusiones, de su ventura, pisoteadas caprichosamente por una mujer sin corazon, guiada por una vieja sin conciencia.

Misia Dorotea y Ofelia permanecian inmóviles, clavadas en el sitio por el temor que aumentara la vibracion temblorosa y siniestra de las palabras de Arturo.

—Pero no se trata de hablar sinó de obrar, agregó éste haciendo una señal al *cortito* que se colocó en dos saltos al lado de Misia Dorotea.

—Auxilio! Asesinos! auxilio! gritaron ambas tratando en vano de huir, pues la mano férrea del *cortito* aseguró á la una, mientras que Ofelia

hacia inútiles esfuerzos por desasirse de los brazos de Arturo.

—No somos asesinos, dijo el *cortito* que aseguraba sin mucha prisa y sin grandes esfuerzos á la señora que habia volteado para efectuar la operacion de atarle las manos á la espalda, previo amordazamiento.

Ofelia luchaba aún con el vigor de la desesperacion dando gritos sofocados por la mano de Arturo.

—Necesita auxilio, patron? preguntó el *cortito* gravemente.

—Sí, venga: asegúreme las piernas de esta niña que tiene bastante fuerza.

En dos minutos la jóven perdió el apoyo cayendo sin fuerzas, sin sentido, en los brazos de Arturo.

—Ahora acomode bien á esa vieja, ponga todo en órden, que no se les ocurra que somos ladrones, y sígame dejando cerrada la puerta.

El jóven alzó con vigor su preciosa carga, ya inmóvil completamente y se encaminó al *palenque*.

El *cortito* se colocó á su lado bien pronto.

Ayudóle á montar á caballo, y colocar á la jóven lo mas cómodamente posible.

Despues tomaron la direccion que habian traido.

—Sabe que se ha arreglado bien el asunto.

—Si: cómo le fué con el viejo?

—Pronto quedó quieto, tuve que pegarle un *rebencazo* para que no gritara.

—¿Y lo desmayó?

—Creo que sí:

El jóven no habló mas. Tenia bastante conversacion consigo mismo.

Miraba el pálido rostro de la bella Ofelia acariciado por la blanca luz de la luna. Sus ojos estaban cerrados: parecia dormir balanceándose suavemente con el movimiento del caballo.

Llegaron al *pajonal* donde aguardara el *cortito*.

—Ayúdeme á bajarla: yo me quedo aquí, á la madrugada iré á la *Chumbeada*: allí hablaremos.

—Bueno, señor. Y momentos despues el gaucho galopaba en la direccion indicada.

Arturo habia recostado en el suelo, suavemente, á la jóven que seguia aletargada.

Retiró el caballo, lo maneó, y vino á detenerse próximo á Ofelia.

Allí de pié, con los brazos cruzados sobre el pecho, la contemplaba con mirada sombría y rencorosa.

Su semblante no mostraba que hubiera en su pecho una sola palpitacion de ternura ni siquiera de compasion.

—Sí: debe oirme, murmuró, respondiendo á su pensamiento: mi venganza quedaria incompleta. Ella debe saber que ha hecho imposible mi vida, y que sin el ódio que me alienta, hubiera sacrificado la existencia al amor maldito que me animó. La suya tambien se hará imposible...

Desató lentamente las piernas de la jóven, aflojó las ligaduras de sus brazos y le colocó la mano sobre el corazon.

Ya late con fuerza, se dijo, pronto volverá en sí, y volvió á inmovilizarse con la mirada fija en aquel semblante bellísimo.

Ofelia suspiró debilmente, abrió los ojos y preguntó con voz apagada: dónde estoy?

—A mi lado: recóbrate, que debemos hablar.

La jóven se estremeció, herida por la reali-

dad á que la traía la voz de Arturo, recordándole las recientes escenas. Cerró un instante los ojos: despues se incorporó.

—Ofelia! ¿te acuerdas de tus juramentos, del amor con que me ligabas á la ventura? qué eran tus promesas, qué significaban tus sonrisas de ternura? has sido injusta, cruel; mas que eso: criminal.

—Era una niña. Vuélveme á mi casa, perdóname si te ofendí: es horrible lo que haces, muy horrible...—El llanto ahogó la voz de la jóven—Atada...y por tus manos...abusas de la fuerza como un bandido.

—Tú me has empujado en esa senda y debes ser la primera en saberlo...y en sentirlo, —respondió Arturo marcando con espresion iraeunda cada una de sus palabras. Aparecia enloquecido por el ódio, sus palpitaciones eran tremendas en aquel terrible carácter.

Veia á la que fué su amor, su ídolo, postrada y llorosa en su presencia, esperándolo todo de él, y sentia acrecer la ferocidad de sus instintos, el deseo insaciable de una venganza brutal y horrorosa.

—Con que pasado mañana vas á casarte;

vas á basar la felicidad agena y tu bienestar en la desgracia que me oprime, traida esclusivamente por tu mano, por esa mano, que yo besaba de rodillas, no con amor, sinó con idolatría? Ah! es necesario haber sentido como yo, durante un año, desgarrarse una por una las fibras del corazon, haber sufrido uno tras otro tus desdenes, haber soportado una por una las humillaciones á que me condenaba un rival aborrecido...y aún no puedo arrancar tu imágen de mi alma. Ah! es horrible: el infierno y mas dentro del pecho, sin que nada disminuya una sola de mis angustias.

O'elia le veia, sollozando en silencio, acaso se sentia culpable, pero habia cedido á sus ilusiones de niña, á sus aspiraciones vagas, engañándose á sí misma.

Arturo calló un momento como si el sentimiento ahogara su voz, solo sus ojos hablaban: fijos, la pupila dilatada, brillando con fulgor siniestro.

—¿Qué dices, qué te disculpa?

—Mi edad, mi inesperiencia....

—¿Te obligaban á mentir?

—Yo no mentia.

—Entónces?...

—La voluntad no es bastante poderosa para limitar una pasion ni para prolongarla: dejé de amarte como hubiera dejado de vivir: por obra de la naturaleza.

—No: es que viste, como vió tu tia, mas oro en los bolsillos de mi rival, y me sacrificaron á una ambicion menguada.

—No es cierto, no.

—Ah! si no lo fuera aún podria perdonarte.

—Y qué quieres de mí?

—Qué me sigas.

—Imposible....! Y la voz de Ofelia se timbró con firmeza desgarradora para el corazon de Arturo.

—Imposible.... repitió. Tambien yo te dije que mientras viviera no te unirias á ese hombre... sin ser mia.

La jóven se estremeció poderosamente, presa de un terror indescriptible.

—Perdon! esclamó.

—Si: esa es la palabra: has perdonado tú? no sabias que tu amor era para mí algo mas que la vida, que el mismo honor? Nada que-

brantará mi resolucion; vas á seguirme ó vas...

—¿A qué?

—A hacer un monstruo de mí. Y Arturo se arrodilló á su lado quemándole el rostro con su aliento de fuego.

—Dame un beso y te salvas,—pronunció con voz entrecortada movido acaso por una ráfaga de piedad.

—Eres cruel, Arturo ¿debo darte mi honor para que vivas? qué remedias con mi deshonra?

—Yo no raciocino, siento, y el ódio, la desesperacion que has acumulado traidoramente en mi alma, debia estallar alguna vez, así te lo juré y lo cumplo.

—Perdon....!

—Ah! no: yo no he pisado mi nombre, no me he aliado con bandidos para perdonar: y los lábios de Arturo se fijaron en la boca de la jóven, que resistió con suprema desesperacion, consiguiendo romper las ligaduras de sus manos.

—Infame! esclamó irguiéndose altiva y magnífica en su esfuerzo.

—Sí, infame,—rujió Arturo, luchando para dominarla—muy infame.

Y rodaron abrazados dejando oir palabras mezcladas con sollozos cuyo timbre vibrante de angustia, de dolor y de ira, se perdian confundidos en el silencio de la noche.

Despues la jóven dejó de agitarse: estaba desmayada.

Arturo se levantó: era horrible su semblante descompuesto por la tremenda y poderosa agitacion de sus pasiones.

Sacó un pequeño frasco de uno de sus bolsillos.

—Consumemos la obra de la venganza, dijo y que el señor Gimenez se case si le parece. Y sus lábios temblaron con una risa convulsiva.

Destapó el frasco y se inclinó sobre Ofelia.

—Oh! no le servirá tu belleza para enorgullecerse, y recordarme humillado entre carcajadas de placer... Le dejó caer sobre los lábios unas cuantas gotas de un líquido oleajinoso.

Observó con avidez: la jóven continuaba inmóvil.

Los lábios tomaron inmediatamente un tinte de naranja pálido, menos acentuado en las partes del rostro protejidas por la piel.

Arturo siguió dejando caer sus gotas..

Bañóle casi toda la cara.

Despues de un rato comenzaron á aparecer equímosis de un color violado.

El dolor hizo que la jóven se ajitara con los primeros estremecimientos de la vida.

—Mañana no te conocerán, murmuró Arturo con salvaje y rencorosa alegria, volviéndole á hacer gotear el líquido.

—Me quemo, dijo Ofelia abriendo los ojos.

—Sí: yo tambien me quemo.... y volcóle el resto sobre un ojo y la boca.

Llevó la niña sus manos al rostro y las retiró lanzando un grito: el dolor era espantoso.

El ojo le hervia al contacto corrosivo del líquido.

Se puso de pié, y caminó enloquecida por el sufrimiento.

Arturo la miró alejarse. Despues llegó lentamente hasta su caballo, lo desmaneó, montó en él, y se dirijió al galope hácia la *Chumbeada*.

Eran próximamente las cuatro de la mañana.

Cercano al *palenque* encontró tendido al *cortito* que dormia como un bienaventurado.

Lo despertó.

—Ya todo está arreglado, le dijo con voz breve, la muchacha se vuelve á pié para la estancia: como el asunto ha de meter bulla, sería conveniente que usted se perdiera de este paraje por un tiempo: le agradezco su auxilio, tome esos pesos, y quede con Dios.

—Vaya con él, amigo, gracias. Voy á cambiar de pago, como usted me dice, no quiero dar lugar á que me corran los milicos. Y el gaucho sonrió orgullosamente.

Arturo le dió la mano, y volviendo á montar á caballo, tomó la direccion de Buenos Aires.

II

AMARGURAS

Ofelia habia caminado á la ventura, tropezando y cayendo, volteada por el dolor, y pudiendo apenas distinguir vagamente los objetos próximos.

No le era posible coordinar sus ideas, darse cuenta de nada; pareciale todo un sueño terrible y doloroso.

Tocábase el rostro, que creia tener lleno de heridas: era horrible su martirio.

Una hora de lucha, de sufrimiento, y de fatiga, agotó sus fuerzas: perdió el sentido, y cayó inmóvil.

La luz del dia la sorprendió cadavérica, con el semblante llagado, ennegrecido, hinchado, monstruoso.

Volvió en sí como á las nueve de la mañana para correr con las fuerzas de su angustiosa desesperacion, que no le permitieron, sin embargo, luchar mucho tiempo.

Doblarónse sus rodillas, cedió su cuerpo y volvió á caer, pero sin que piadosa la naturaleza le concediera el alivio de apagar su dolor con la insensibilidad.

Sentíase morir: los minutos eran siglos para su angustia.

El nombre de Arturo le venia á la memoria sin que pudiera precisar su rol en tanta desventura. Recordaba tambien á Gimenez; era su novio, su amor. A su hermano, á su tia, á quien creia ver luchando con los bandidos.

Todas las escenas se confundian con sus recuerdos.

¿Por qué estaba sola, abandonada, herida?

Dejémosla nosotros tambien, pues debemos acudir á la estancia donde van á desarrollarse sucesos que debe conocer el lector.

Serian las diez de la mañana cuando una alegre y bulliciosa cabalgata se aproximaba al establecimiento rodeando tres enormes carruajes de campo, especie de *omnibus*, que dejaban ver por multitud de ventanillas los juguetones semblantes de una docena de niñas y

algunas mamás de rostro grave y circunspecto, á que se mezclaban dos ó tres viejos, mas graves aún, que, miraban con cierta melancolía cuanto pasaba á su alrededor.

Al frente de los jóvenes distinguíanse dos de ellos que procuraban adelantarse á los demás animando sus briosos corceles.

Uno era rubio, de facciones correctas, ojos azules de mirada dulce y franca, su boca de lábios gruesos estaba coquetamente sombreada por un bigote castaño, suave y dócil.

Era Alberto Gimenez, novio de Ofelia, futuro cuñado del que galopaba á su lado, Florencio, hermano de ésta y cuyo semblante de facciones acentuadas era simpático, sin ser bello.

Trigueño, ojos negros, dejábase crecer una hermosa barba renegrida.

Faltaríanles unas diez cuadras de camino, cuando Florencio esclamó:

—Me estraña que no salgan á recibirnos; sabian que podian esperarnos á esta hora.

—Es verdad: no puedo distinguir el menor movimiento.

Guardaron silencio; acaso Alberto era presa

de alguna inquietud que no se atrevía á manifestar.

Ya próximos á la casa, esclamaron á un tiempo:

—Esto es sorprendente! — y movidos por iguales sentimientos hicieron casi correr á sus caballos.

Lòs demás notaron aquella prisa, pero tal vez creyeron que solo alardeaban sus conocimientos en la equitacion, ó que se disputaban el placer de llegar primero.

Cambiaronse algunas bromas al respecto, y siguieron en el mismo órden.

Los jóvenes dejaron sus caballos y caminaron rápidamente hácia las habitaciones.

Empujaron la puerta del comedor, que cedió y penetraron al mismo tiempo.

—Qué hay? esclamó Florencio sobresaltado por aquel silencio sepulcral.

—Ofelia! gritó Alberto, pálido de emocion.

Algo como un lamento sofocado dejó oir misia Dorotea que permanecia en el suelo oculta por los muebles, y á quien los jóvenes no habian visto.

Lanzarónse hácia ella.

—Y Ofelia?

—Y mi hermana?... dijeron á un tiempo los jóvenes, mientras Florencio rompia mas que desataba el pañuelo que le tapaba la boca.

—No lo sé, hijos mios, no lo sé. Ah! es horroroso: desátenme los brazos, me muero de dolor, respondió angustiosamente la señora.

—Pero que ha sucedido? Hable, dígalo todo pronto, pronto!

—Ya voy...me han lastimado estas ligaduras... Anoche...

—Y Ofelia? volvió á decir Alberto pudiendo apenas contener el deseo de zamarrear á la buena señora para que abreviara, olvidándose un poco de sus propios dolores.

—Sí... á Ofelia se la han llevado.

—Quién? cómo? Dios mio! hable, señora, por la salvacion de su alma.

—Sierra...

—Infame!

—Si: él, vino anoche con otro, me ataron y la llevaron.

—Y Rufino? pues qué, estaban solas?

—Lo mataré si ha sido cómplice ese viejo

maldito.... Y Alberto enloquecido, delirante, corrió hácia la cocina.

Allí estaba el pobre, anciano, tendido, maniatado: habia vuelto en sí del desmayo producido por el rebencazo.

El jóven lo sacudió nerviosamente, preguntándole todo á un mismo tiempo.

—Si, señor, voy á decirle, desáteme los brazos, se me han hinchado, me desmayó de un golpe.

—Bárbaro! Yo no le pregunto qué le han hecho, ni qué le duele: ¿dónde está ella, Ofelia?

—No sé, señor: uno se fué para adentro, el otro me golpeó y me ató, yo no sentí nada, no ví nada.

—Cuántos eran los bandidos?

—Creo que dos: eso ví yo.

Alberto dejó sin desatar al viejo que continuó lamentando tan cruel abandono, y corrió á donde estaba Florencio.

—Qué sabes, qué dice esa señora?

—Ay! amigo, es una desgracia, y una horrible afrenta sin duda, que es necesario vengar.

Florencio estaba lívido, los lábios temblorosos, pero su voluntad dominaba los encontrados impulsos de sus sentimientos.

—Y qué hacemos? dijo Alberto, cuyas lágrimas temblaban en sus párpados, próximo ya á los arrebatos de la desesperacion.

—Buscar á Ofelia.

—Sí, vamos; á caballo! corre Florencio, talvez es tiempo aún...

—No: espera, lo haríamos sin resultado, el apresuramiento produce demoras, y nosotros necesitamos presteza.

—Bueno, dí pronto.

—Tu caballo es excelente, vete á lo del negro José Maria, y tráelo pronto, nos es indispensable.

Alberto corrió, subió á caballo, y se dirigió al punto indicado con toda la velocidad que podia desplegar el animal acosado por el *rebenque*.

Los jóvenes y damas bajaban en ese momento de carruajes y caballos, muy estrañados de lo que veian.

Algunos se dirigieron á Florencio que caminaba lentamente.

Todos los rostros interrogaban.

—Amigos! nos ha sucedido una desgracia;

anoche han asaltado la estancia, y se han llevado á mi hermana.

—Es posible? que horror! habrá que ver á la autoridad.

Florencio sonrió.

—Las autoridades de campaña son lentas para mi impaciencia; obraremos, por ahora, sin ellas.

—Estamos á tus órdenes.

—Gracias: he mandado traer un hombre que nos será mas útil que todas las policias; así que venga, buscaremos.

Los jóvenes se dispersaron á llevar la infausta nueva á las damas que rodearon á Florencio, haciéndole oir un coro de esclamaciones no interrumpidas.

Este las condujo á las habitaciones donde prosiguieron sus comentarios y algarabía, rodeando á misia Dorotea, ya medio repuesta del susto y dolores.

Algunos viejos y jóvenes quedaron con Florencio.

—Pero no imajinas nada; qué luz tienes para guiar tus investigaciones?

—Algo presumo, muy poco, pronto sabremos, decíales Florencio contestando á todos.

Acordóse de ño Rufino, á quien viera Alberto, sin decirle nada despues.

Caminó hácia la cocina.

Allí estaba el viejo maldiciendo el atolondramiento del jóven que lo dejara en situacion tan molesta.

Florencio lo desató.

—Cuénteme, viejo, lo que sabe.

—Señor: á la oracion llegaron dos hombres que decian querer hablar con usted.

—Dos nada mas?

—Así creo: uno era el *cortito*: usted lo conoce.

—Ah! bandido! sí, sigue.

El otro tenia la cara envuelta con un pañuelo de seda, no pude conocerlo; pidió hablar con las señoras, ellas me digeron que lo hiciera pasar.

—Imprudentes!

—Cuando se fué, el *cortito* me desmayó pegándome sin decirme nada: despues me ató... y yo no sé mas.

—Dónde le pegó?

—Aquí, señor. Y el viejo mostró las señales de una contusion reciente.

—Bueno: murmuró Florencio, á quien se le desvaneció un resto de duda que el viejo no alcanzó. Ahora vaya pronto á traer caballos, pronto, entiende?

—Sí, señor.

El jóven fué á las habitaciones seguido del grupo que lo acompañaba, admirando una serenidad tan dominadora.

Cambió su traje por otro mas cómodo, se armó, volviendo al patio para esperar á Alberto.

No Rufino llegó en breve con los caballos y cambió el de Florencio.

Un momento despues vióse venir á Alberto seguido de José Maria, que daba al diablo, para sus adentros, una prisa que le hacia faltar á su calma de buen gaucho.

—Tia, dijo Florencio, acercándose á misia Dorotea; esas niñas han menester descanso, dispóngalo todo, yo voy á salir y no sé si vuelvo pronto

—Nosotros te acompañaremos.

—No amigos: será tal vez una fatiga á que no están habituados.

Ellos asintieron y [illegible] íntimos.

—Ahora en marcha [illegible] se [illegible].

—Acerto te habrá [illegible] que nos [illegible]. El Tomacio al [illegible] nuestro [illegible]—mienta.

—Sí, señor.

—Pues bien, vamos a registrar [illegible] los [illegible] [illegible] cuento contigo?

—Como no, señor.

—Ellos han estado en la cocina [illegible] [illegible]—mento. Toma los datos que quieras.

—Entonces con su permiso, señor. Y [illegible] se encamino [illegible] la cocina [illegible] [illegible] [illegible]

Era ño Rufino.

—Debe haber sido él. Uno solo es el que lo ha atado al viejo, que no ha hecho mucho por defenderse, añadió mirando intencionadamente á Florencio, quien comprendiéndolo, repuso:

—Si: lo desmayó primero.

—Ah!...

Y el negro siguió mirando.

—Muy pronto han hecho todo porque no le han dado tiempo á ño Rufino para que los convidara con mate.

—Es verdad, dijo el viejo que se agregaba en ese instante al grupo.

El *cortito* fué el que me ató, ya lo sabe el patron.

El negro sonrió con satisfaccion como quien dice: lo suponia, despues siguiendo huellas imperceptibles para los demas se dirigió al comedor.

—El *cortito* ha esperado una seña para entrar, ha estado quieto aquí, adelantando la cabeza: los dedos que deja fuera la bota estàn muy marcados, y los piés juntos. Lo que ha sucedido aquí lo sabemos, vamos al palenque. El desconocido es el que lleva la niña, va desmayada.

—Infeliz, murmuraron algunos.

Alberto que no se separaba del negro, incitándolo á que hablara, pues no podia verlo observar en silencio como hubiera querido, apretó los puños convulsivamente,rujiendo entre dientes una maldicion.

Los demàs lo miraron con lástima.

—La han subido á caballo entre los dos, poniéndola delante; es siempre el desconocido quién la lleva.

—Cómo conoce tales detalles? se preguntaban algunos de los jóvenes; es admirable.

El negro los oyó, respondiéndoles indirectamente.

—Aquí estàn las pisadas del *cortito* frente al pescuezo del caballo, la ha sostenido para que montara el otro, que no debe ser muy gaucho.

Florencio y Alberto se miraron: solo ellos sabian que era Sierra.

—Bueno, pronto, José Maria, dijo Alberto como si aquella nueva seguridad le aumentara la impaciencia.

El negro montó á caballo y siguió al paso mirando al suelo.

Florencio, Alberto, y los tres jóvenes desig-

nados le imitaron, dejando á los demás que continuaran comentando el suceso y el espíritu de observacion tan desarrollado en el negro.

Avanzaban todos en silencio.

Alberto preguntó:

—Vé siempre el rastro?

—Sí señor: han ido al paso y á la par, debian ir conversando.

Caminaron media hora.

—Acaso se han entrado al pajonal que tenemos delante? observó Florencio.

—Parece así, señor.

—Entónces tal vez estén en él.

—No señor, seria mucha zonzera.

Un momento despues el negro se detuvo.

—Aquí se han bajado, dijo, apeándose.

La niña ha estado tendida aquí: y José Maria señalaba los pastos aplastados.

El *cortito* se ha ido despues de ayudarle á bajarse; ahora lo seguiremos.

—Deje á ese pícaro, ocúpese del otro.

—Bueno: el otro ha estado de pié junto á la jóven que permanecia desmayada y atada, des-

pues se ha arrodillado para desatarla, pero no le ha quitado sinó las ligaduras de las piernas, guardándose el pañuelo empleado, tal vez porque estaria marcado. Cuando la jóven ha vuelto en sí ha luchado, ahí está ese otro pañuelo sin desatar, cuyos nudos están muy ceñidos, por la fuerza hecha, véanlo; y el negro les enseñó un pañuelo que se habia ocultado á todas las miradas. La lucha ha sido larga y desesperada, siguió, mirando á Florencio que palideció intensamente.

Alberto se hizo sangre en los lábios que le temblaban.

—La niña ha vuelto á desmayarse..

—Infame, murmuraron los jóvenes.

El negro se habia arrodillado para observar muy de cerca algo que le intrigaba; movia la cabeza con aire de disgusto.

—¿Qué hay? qué hay? preguntó Alberto.

—Veo unos pastos ennegrecidos, manchados con una cosa que no me esplico, pues no son manchas naturales.

Todos miraron atentamente lo que señalaba el negro, sin que hallaran esplicacion atendible.

José Maria caminó al rededor del lugar de la

lucha, se dirigió despues hácia un punto alejado.

El desconocido no la lleva, esclamó, aquí ha tenido el caballo maneado, y aquí ha montado sin ella; sí, sí, estoy seguro.

Volvió donde estaban los demás, en cuyos semblantes se mostraba mayor ansiedad si cabe, pero menos angustiosa.

—Por aquí va ella, corre, huye,—y se lanzó tras las casi invisibles huellas del paso de la jóven.

Va muy débil, no lleva rumbo, dijo siguiendo las vueltas que diera Ofelia en su dolorosa desesperacion.

Aquí se ha caido, pobre niña! Y el negro despues de observar el sitio volvió á caminar casi rodeado por su séquito.

Nadie le hablaba ya: dejábanlo caminar, dar vueltas...

—Aquí se ha desmayado, ha estado inmóvil mucho tiempo, no puede estar léjos. Y siguió afanosamente.

Ahí está, dijo en breve, señalando un punto, rodeado de pequeños montones de paja, en donde Ofelia habia caído la última vez, no pu-

diéndolos desviar ni vencer la resistencia que ofrecian á su paso fatigado.

Corrieron hácia el sitio indicado.

La jóven permanecia caida, luchaba inmóvil con sus impresiones y recuerdos, en un estado próximo á la locura.

Alberto y Florencio llegaron los primeros.

El segundo se arrojó á levantarla, miéntras Alberto, presa de horrible desesperacion, la miraba enloquecido, silencioso, dejando percibir el ronquido estertoroso en que exhalaba su aliento.

—Ofelia! soy yo, tu hermano Florencio; me conoces? ya estás salva, con nosotros, aquí está Alberto, oyes?

Ella se ajitó débilmente.

—Vamos á trasladarla como se pueda, dijo el jóven, levantándose con la mirada sombria.

Todos se miraron: estaban horrorizados con el aspecto de la jóven; nada pensaban, nada discurrian.

—Hay ponchos? preguntó Florencio.

—No, no hemos traido.

—Debemos llevarla á caballo, patron; yo lo haré, dijo José Maria.

—No sufrirá con el movimiento?

—No señor, es mas suave que á pié.

—Bueno: suba en mi caballo que es mas manso: nosotros la alzaremos.

El negro obedeció.

—Ofelia! hermana mia ¿sufres mucho?

Luis, Cárlos, ayúdenme á levantarla, dijo Florencio dirigiéndose á sus dos amigos, que se adelantaron en silencio.

Alberto no era dueño de sí, despues de su inmovilidad habia caido en un acceso de desesperacion: lloraba, se mesaba los cabellos, se torcia las manos, rujia juramentos y blasfemias.

José Maria la sostuvo en los brazos y emprendieron lentamente el camino de la estancia.

Florencio abatió la frente que sentia cargársele de ódio y deseos de venganza.

Su dolor no tenia ayes, ni gritos, ni lágrimas, era mudo, sombrío, solo sus ojos se iluminaban con siniestro reflejo. La tempestad de su alma bramaba sin apariencias.

—Esto solo puede ser una venganza brutal,

horrible, decia uno de los jóvenes que caminaba detrás.

—Sí: quién será?

—No lo presumo: es una niña buena que no me parece merecedora del ódio de nadie.

—Sin embargo existia.

—No podemos dudarlo.

-Yo he oido, que antes de ser novia de Alberto, lo fué de otro.

—Bah! y cuál es la muchacha que no ha tenido una docena?

—Ya sé, pero tal vez ese tenga un alma atravesada y haya podido ser tan cruel é infame.

—Si ha sido él, más que razon ha tenido la infeliz para desecharlo: debe ser un mónstruo.

—Pobre Alberto!

—Es un golpe tremendo!

—La idolatraba....

—Temo por su juicio: mira qué horrible desesperacion.

—No es para menos: la infeliz no recuperará jamás su belleza.

—Con qué le habrá destrozado el rostro?

—Con una sustancia eminentemente cáustica.

—Yo no he querido verla detenidamente.

—Ni yo, dijeron los otros dos.

—Parece que está ciega.

—Ah! no lo pienses: qué horror!

—Ay! del que haya sido, si lo sabe Florencio, como lo sabrá tarde ó temprano.

—Sí: no daré dos reales por su pellejo: qué serenidad, qué calma, qué dominio de sí mismo. Un hombre así es implacable, tremendo.

—Tambien el nene que ha cometido el crímen....

—Debe ser un cobarde, innoble.

—Y se habrá limitado á destrozarle el semblante?

—Los jóvenes se miraron dudando.

—El negro dijo que habian luchado ¿recuerdas?

—Es creible que no se haya dejado destrozar la cara sin resistencia.

—Vaya un casamiento y una fiesta!

—Buenas emociones hemos venido á experimentar!

—Y las muchachas que nos han acompañado y que pensaban bailar tres noches....

—Qué hará ahora Florencio?

—Llevarla á Buenos Aires: aquí no podrá asistirse convenientemente.

—Hum! si no tenemos que escoltar un cadáver!

—O una demente.

—Creo lo primero: qué noche habrá pasado, á la intemperie; qué sufrimiento físico y moral; es imposible que una niña resista todo eso.

—Tal vez es preferible que muera.

—Así es.

—Les aseguro que me hubiera impresionado menos hallarla muerta.

El diálogo de los jóvenes cesó: se acercaban á la estancia.

Los invitados, con misia Dorotea al frente, salian á recibirlos.

La buena señora y sus acompañantes del bello sexo, lloraban. Creian todos ver un cadáver.

Rodearon á José Maria sin que la ansiedad general se tradujera aún en interrogaciones.

Llegados al patio de la estancia, apeóse Florencio y sus amigos.

—Es necesario enviar por el médico á Las Flores, dijo con voz breve: que venga un peon.

Los que asistian á aquella escena tocante, sofocaron una exclamacion de espanto y dolor al contemplar el rostro de Ofelia, que aún aletargada, era descendida cuidadosamente por Florencio, Cárlos y Luis.

Alberto no tenia fuerzas ni valor para aproximarse á ella.

Misia Dorotea siguió sollozando al contemplar el cuerpo inanimado de su sobrina. El dolor de la buena señora era angustioso y terrible.

Colocaron á la infeliz Ofelia sobre su lecho, empezando á prodigarle los primeros auxilios.

No se atrevian á tocarle el rostro, que parecia aumentar los caractéres de su deformacion.

El tinte negruzco de las manchas aumentaba: la hinchazon habia llegado á su máximun.

Florencio se apartó del lecho para dar las disposiciones necesarias á la venida del médico.

Momentos despues, Ofelia, rodeada de sus íntimas, comenzó á señalar una reaccion.

Movió los brazos, intentó incorporarse, fué detenida, y se dejö caer de espaldas, murmurando algunas palabras cuyo sentido escapó á los que la rodeaban..

Florencio penetró en la estancia.

—Tal vez fuera mejor la cesacion de todo movimiento en esta pieza, dijo; que Carlota acompañe á mi tia: se violentan ustedes sin necesidad, siguió dirigiéndose á los demás circunstantes que se retiraron en silencio, á escepcion de la niña nombrada, amiga de Ofelia desde la infancia y en la que el jóven tenia cariñosa confianza.

—¿Qué has visto, qué sabes? preguntó misia Dorotea.

—Nada: ese infame ha abusado horriblemente de su fuerza: y ya estará lejos, añadió, con sombría tristeza.

—Qué vas á hacer?

—Buscarlo en cuanto me sea posible. Este crímen no pertenece al dominio de la justicia ordinaria, está fuera de sus límites. Yo la reemplazaré. Y los ojos del jóven se iluminaron con estraño resplandor de fiereza.

Carlota le miró. Ella conocia la faz apacible, juguetona de su carácter manso, calmoso. Jamás habia podido medir el temple de esa alma cuyas manifestaciones eran tan medidas y respetuosas siempre.

Admiró en silencio la fuerza poderosa de

esa voluntad que mandaba con autoridad inquebrantable sobre los movimientos apasionados más irresistibles. Conocia el entrañable cariño del jóven hácia su hermana, por eso aquella serenidad parecíale sobrehumana.

Cada uno se habia entregado á sus reflexiones, contemplando inmóviles á la enferma.

Misia Dorotea no preguntaba más; lo presumia todo.

La puerta de la habitacion se abrió dando paso á Alberto, que calmados los arrebatos de su desesperacion, venia á informarse del estado de su novia, de su amor, del objeto carísimo de sus anhelos.

El semblante del jóven daba lástima. Los ojos enrojecidos, pálido, la boca contraida por aquella amargura sin límites.

—¿Ha hablado, vivirá? preguntó á Florencio.

—Aún no lo sé, creo que sí, ha tratado de incorporarse, murmurando algo que nadie entendió.

—Oh! que viva, que viva! exclamó con suprema ternura.

Florencio le apretó la mano.

—Sobreponte al dolor, que no te avasalle, sé fuerte.

—Lo seria tratándose de mí mismo, pero no de ella; soy un niño, una mujer, lo conozco, pero no tengo alma bastante para sufrir por su desventura. Ah! el infierno no tiene un dolor igual.

Los jóvenes guardaron silencio.

Carlota los miraba, acaso comparando los dolores y caractéres.

Misia Dorotea besaba una mano de Ofelia que seguia aletargada.

—Tal vez duerme? preguntó Florencio, aproximándose á observar.

—Creo que sí, su respiracion es más tranquila, el dolor y la fatiga la han rendido: es un beneficio inapreciable: ahora creo que sanará.

El semblante de todos resplandeció iluminado por una acariciadora esperanza.

—Pobre Ofelia! murmuró Carlota como respondiendo á sus meditaciones.

—Vamos de aquí, dijo Florencio; y salió, descolgando un espejo que existía en la pared.

Los invitados se habian desparramado formando corrillos segun la edad, sexo y circunstancias.

Oigamos lo que se conversa en algunos.

Los cuatro viejos de la comitiva estaban juntos y entre ellos un tio de Alberto, padrino de la ceremonia interrumpida.

—Vean ustedes lo que son los jóvenes del dia ¡á cuántos excesos los arrastra el apasionamiento inmoderado! pues yo creo que lo sucedido es obra de un rival á quien desbancó mi sobrino; no me esplico la cosa de otro modo.

—Así es, solo una venganza...

—Otro cualquiera no se ocupa en desfigurarle el rostro.

—Y era linda...

—Psh.... regular: las muchachas de hoy solo tienen la carita.

—Y las cintas.

—No valen un comino.

—Es la verdad.

—Y son coquetas.

—Ahí tiene usted las consecuencias.

—Esa libertad que se les va dejando, es sumamente perjudicial.

—Pues no! todas escriben cartas, se burlan de los padres, no tienen respeto á nada ni á nadie.

—Yo estoy porque no debia enseñárseles ni á escribir.

—Como se hacia en nuestro tiempo; pero todas eran hacendosas, sabian hacer de todo, cuidaban la casa y el marido, sin importárseles gran cosa de las modas.

—La lectura las echa á perder: esa cantidad de novelas llenas de amores, de lances que las entusiasman, son la causa de muchos males.

—Dentro de poco no existirá la familia, el hogar será un desquicio.

—Es mi opinion.

—Si hasta el espíritu religioso se ha perdido en la juventud!

—Ya no se confiesan.

—Ni van á misa: la iglesia es para lucirse.

—¿Y qué hará ahora su sobrino?

—No lo sé.

—El pobre muchacho está inconsolable.

—Ya se le pasará. Nosotros hemos hecho un viaje molesto, para ver lágrimas y cosas disgustantes.

—Yo vine por compromiso: no volveré á ser condescendiente.

—Tal digo yo: no valen los muchachos la incomodidad que causan.

—Y cuándo podremos volver?

—Es necesario activar la cosa: no es posible que tras del chasco nos retengan aquí unos cuantos dias.

—No faltaba más: molestarlo á uno en todo sentido!

Las amigas íntimas de Ofelia, cinco elegantes niñas, charlaban en otra pieza.

—Pobre Ofelia! ella que estaba tan orgullosa con su belleza! ¿has visto como tiene la cara?

—Ah! es horrible; desgraciada! se le acabarán para siempre las coqueterías: tal vez ya no pueda casarse.

—Alberto no querrá unirse con ella estando desfigurada.

—Infeliz! él es buen mozo.

—Y está en buena posicion.

—Muy apreciado. Puede contarse viudo.

—Así es.

—Qué desesperado está!

—Parece que la quería mucho.

—Hum...quien sabe! por su dolor no puede juzgarse, se habrá impresionado como nos ha sucedido á todos.

—Puede ser.

—Lo que es ella querrá atraparlo siempre.

—Le será difícil; no tenia mas que la cara. Aquí entre nosotras podemos decirlo: era bastante murmuradora, desprolija, amiga de andar en bailes y diversiones...

—Eso á todas nos gusta.

—Está bien; pero no aceptando galanteos de este y aquel, poniéndose en compromisos; eso no era bueno, la prueba la tenemos.

—Y quien será el raptor?

—Ella tuvo amores con Arturo Sierra, antes de ser novia de Alberto; puede haber sido él.

—Qué infame!

—Qué miserable!

—Qué pícaro!

—Qué bandido!

—No todos los hombres son iguales, y Ofelia abusó tal vez de él.

—No lo disculpes.

—No lo hago, no lo merece; pero ustedes saben lo que hacía Ofelia.

—Cómo se vá á comentar esto en Buenos Aires!

—Cuándo volveremos?

—Pronto.

—Si: esto no es muy divertido.

—Sin embargo, está tu Cárlos.

—Y tú tienes á Luis.

—A propósito: observen como Carlota hará méritos para con Florencio.

—Es verdad.

—No se và á separar de la enferma.

—Cuidándolo á él.

—Se puso muy ancha cuando le pidió que se quedara.

—Viste con qué sonrisa de triunfo nos miró salir?

—Qué tonta! como si pretendiéramos quitarle su simpatía.

—Es buen mozo!

—Y han visto con que serenidad estaba en todo, sin aturdirse, sin gritar?

—Un verdadero hombre.

—Lo que es Carlota no se lo lleva.

—Ella cree que sus miradas lánguidas son muy tiernas, tiene una sonrisa de tísica, que se le ocurre muy atrayente; sus labios son descoloridos, por más que se los oprima á cada instante para enrojecerlos.

—Qué tonta!

—Sí: han visto como cuando almorzábamos ella no comió, diciéndole á misia Dorotea que por el disgusto.

—Tal vez es la que menos siente.

—No lo estrañaria: siempre me ha parecido hipócrita.

—Se cree muy interesante.

—Y de una naturaleza privilegiada, aristocrática.

—Chiton! ahí viene á reunírsenos.

—Es verdad.

—Qué hacen, muchachas? pronunció Carlota cariñosamente.

—Conversábamos ¿y Ofelia?

—Duerme la pobre.

—Es una señal de mejoria. Ven, siéntate aquí á nuestro lado. Y dos de ellas la tomaron de la mano obligándola á tomar puesto, lo que Carlota agradeció con su más afectuosa sonrisa.

Era una interesante jóven, de cabellos castaños, ojos claros, que miraban con dulce ternura, blanca, un tanto pálida, alta, de maneras distinguidas y agradable trato.

En un grupo de jóvenes se decia:

—La posicion de Alberto es dificil. Ella quedará desfigurada, tal vez sin un ojo, y.....

—No se casará; que tenga paciencia ¿cómo puede exigírsele?

—Está bien, que no se le exija; Florencio es todo un caballero, pero su compromiso no cesa.

—Pues vaya! no se han disuelto matrimonios á causa de las viruelas?

—Sí; pero no se sabe qué pensar de un amor, que se enfria por la desaparicion de la belleza física.

—Se ama con el alma y con el cuerpo; ambas cosas tienen sus exijencias.

—Hé ahí un naturalismo que debilita ó arrastra la idea del deber.

—Es que para el cumplimiento del deber, puesto que es este convencional, no pueden exigirse las cualidades de un héroe ó de un mártir, Alberto al casarse entraria de lleno en una de esas categorías, muy honrosas, tal vez, pero muy incómodas. Las sociedades no pueden mantener en alto una reglamentacion poco práctica.

—De manera que tú le aconsejarias que no se casara?

—Si no lo verificaba por un sentimiento espontáneo, por una atraccion poderosa y sincera de su alma de enamorado, le diria francamente: no te cases, es un sacrificio, y donde lo hay debe existir necerariamente una víctima, tienes, pues, que serlo so pena de adoptar el papel de verdugo.

—Eso es razonable.

—Yo pienso que el matrimonio es el más dificil de los contratos sociales, tanto que lo juzgo de reglamentacion imposible: *pertenece á la libertad, es decir, á la conciencia,* como decia el proyecto de Código Civil de la gran convencion francesa.

—Uff....! qué cita.

—Vale tanto ó más que cualquier otra. Esos hombres cometieron el delito de pensar como se hará de aquí un siglo.

—Bueno, bueno, déjalos y volvamos á lo que nos ocupa. Alberto no ha de tener en cuenta lo que pensaban tus grandes convencionales.

—Sí; es de suponer.

—¿Y qué piensan ustedes del que redujo á Ofelia á tan infeliz estado?

—Que es un mónstruo.

—Mira que es posible, que ella lo haya engañado.

—No importa; si como decia antes el matrimonio pertenece á la libertad, no puedo hallar razonable que un fulano, que está ó se dice enamorado, trate de hacerse querer violentamente. Me pareceria siempre el más estúpido de los medios, sino lo creyera criminal. La violencia jamás es disculpable en nada, supone una tiranía siempre odiosa.

—Ha sido una horrible venganza.

—Que deja ver un gran carácter estraviado.

—No digas eso.

—Oh! sí, lo creo: cuando veo un gran criminal, un mónstruo, como se les llama generalmente, lamento la pérdida de una fuerza que se ha empujado fuera de su curso hasta hacerla dañosa.

—Y qué ha empujado á ese de que hablamos?

—Su apasionamiento desviado por una mala educacion, de la que por cierto no será culpable. Nadie se hace bueno ni malo de la noche á la mañana. La semilla del bien ó el gérmen del mal necesitan la tierra preparada, y de eso se encargan los demas.

—Segun eso todos seríamos malos?

—Y todos lo somos.

—Pero sería cuestion de andar con el revólver montado.

—Nó: porque se ha encontrado que la sangre vertida daña al que la vierte, y no hacemos más mal por egoismo, por temor, no por falta de intencion ni de deseo. Dejar de hacer el bien es ya culpable ¿y cuántos has encontrado que te tienden espontáneamente la mano? Si hay buenos lo son maliciosamente, porque se benefician con ello.

—Es horrible lo que dices.

—Si es cierto, es lo que debes averiguar.

—Las ciudades serian pequeñas para cárceles.

—Lo serian si todos los crímenes se castigaran.

—Bah! tu escéptica peroracion no entra.

—Porque estamos acorazados contra la verdad: no existe la costumbre de oirla.

Las mamás, suegras reales ó futuras, se habian coleccionado aparte.

—Pero qué cosa tan horrible...!

—Espantosa!

—Pobre niña!

—Tambien misia Dorotea ha sido tan complaciente con ella!

—Pues no: si le permitía tener amores.

—Qué descuido.

—Imperdonable en una señora de esperiencia.

—Ofelia fué siempre tan voluntariosa.

—Muy mimada.

—Si ella mandaba en la casa....

—Eso es sembrarles de disgustos el camino; por eso á mis dos hijas, casadas ya gracias á Dios, jamás les permití la menor libertad, no se separaron de mí sinó con sus esposos; ni baile, ni mucho teatro, ni muchas visitas.

—Es lo mejor, asi pienso hacer con mi Eleonora; ya tiene catorce años, y les aseguro á ustedes que ya se fijan en ella los mozos: cuánto peligro para una niña!

—Una jóven muy festejada, generalmente no se casa. Los hombres de hoy son tan atrevidos!

—Tan malvados, diga usted.

—Una no sale de continua ansiedad mientras

tiene hijas; se ven tantas desgracias! Vea usted aquella señorita que cruza, que ha venido con el hermano; pues esa pobre tuvo un mal paso, que no se ha podido ocultar mucho.

—Y el amante?

—La dejó, como sucede siempre.

—Qué hombres! sacrificar á una niña: vean ustedes si les faltaria....

—Ahí creo que ha salido Carlota del dormitorio de la enferma ¿cómo se hallará? voy á preguntarle.

—Ustedes le han visto bien el rostro?

—No señora: yo no he tenido valor para examinarla.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Dice que duerme, pronunció la señora volviendo.

—Es bueno. La infeliz sanará, para enfermar de dolor, pues el novio á pesar de sus lágrimas, no creo que persista en la idea de casarse.

—Bien puede ser.

Hasta donde alcanza el resultado de los descuidos en las madres, ó en las que educan y vigilan!

Y la conversacion de las señoras siguió comentando la mala conducta de misia Dorotea... como que todas eran sus amigas!

A la oracion, la enferma salió de la somnolencia y letargo.

Misia Dorotea y Carlota, estaban á su lado.

Pareció recobrar su lucidez, conoció que estaba en su dormitorio, miró á su tia, á su amiga, estrechando suavemente la mano de ésta.

—Sufres, querida Ofelia?

—Ahora no tanto: no veo bien: alcánzame un espejo.

—Te mirarás cuando sanes.

—Y por qué no ahora?

Carlota miró á misia Dorotea.

—Tu hermano lo ha prohibido, dijo esta.

—Ah! mi hermano. Y dónde está?

—Ocupado: pronto viene.

—Y Alberto?

—Anda con él.

—Han venido muchas personas?

—Todas tus amigas, y los de Florencio y Alberto.

Ofelia guardó silencio. Acaso concentraba su espíritu para medir el alcance de su desventura, recordando vagamente cuanto le sucediera.

Misia Dorotea y Carlota la observaban conmovidas.

La jóven suspiró dolorosamente, y el llanto comenzó á inundar su rostro desfigurado.

—Quiero un espejo, murmuró un momento despues. Debo estar horrible; quiero verme.

Carlota fué en busca de Florencio.

—Qué hay? preguntó éste que se paseaba meditabundo en compañia de Alberto y otros.

—Ofelia se ha despertado y quiere hablarte.

—Voy yo tambien? Agregó irreflexivamente Alberto.

—Tal vez no sea conveniente, espera.

—Qué tienes, hermana mia?

—Pido un espejo ¿por qué se me niega, estoy hecha un mónstruo?

—No, pero tienes el rostro hinchado, y te impresionarias viéndotelo.

—Sabes que soy fuerte.

—Si, pero no hay fortaleza de mujer que resista á la pérdida de sus encantos, aunque ésta sea momentánea, y mucho menos estando de novia.

—No es esa una razon: ¿no ves que sufro más con la ansiedad?

—Es que no debes sufrir, no hay motivo, dentro de cuatro ó cinco dias estarás lo mismo que antes: confórmate ¿quieres?

—Sufriré hasta mañana.

—Bueno, y le pedirás permiso al médico que vendrá temprano.

—Accedo.

Los esfuerzos hechos para hablar causáronle nuevos dolores; comenzó á invadirla una fiebre más intensa.

Ella no suponia tanta gravedad á su dolencia, no la imaginaba, creyendo que la hinchazon y dolores provenian acaso de los golpes recibidos en la desesperacion de su lucha.

Volvió á su inmovilidad, pero fué solo pocos momentos; despues pronunció palabras incoherentes que respondian á las imágenes que cruzaban su cerebro.

El delirio fué aumentando, sus esclamaciones

eran contínuas, aún sus gritos, sus movimientos bruscos.

Llevábase las manos á la cara: hubo que atárselas porque se la dañaba.

Florencio, que no habia querido separarse de la estancia, no dejó de enviar á José Maria para que siguiendo á los raptores le trajera mayores datos.

El, poco los necesitaba, sabia quien era el autor, y que á esas horas debia estar léjos.

Se habia resignado de antemano á postergar la ejecucion de sus designios, ocupándose solo de su hermana.

Alberto quiso acompañar á José Maria, pero se lo impidió Florencio.

Poco despues de haber sido llamado por Carlota, volvió el negro.

—Qué has sabido?

—Muy poco más señor: los dos rastros van á parar á la *Chumbeada*. El *Cortito* ha llegado primero, ha dormido contra el palenque, y cuando ha ido el otro se ha levantado, han conversado, saliendo el desconocido con rumbo

á Buenos Aires, y el *Cortito* para el lado de Dolores.

—Está bien, te agradezco tanto interés, retírate, despues hablaremos.

—La niña sigue bien?

—Un poco mejor: adios.

Y Florencio volvió á aparecer en el dormitorio de la enferma.

Carlota y Florencio velaron esa noche á pesar del cansancio.

Las amigas de la jóven ya habian previsto ese cuidado, así que no dejaron pasar la ocasion de algunas bromas.

Sobre todo una de ellas, Celia, fué tan cáustica que motivó le supusieran algun afecto intencionado por el jóven.

Celia, era bastante linda para aspirar á la atencion de los que cruzaran por su lado; educada, inteligente, era una rival temible.

Sus padres tenian fortuna, la mimaban, habiendo conseguido aumentar su natural orgullo.

Conocia á Florencio de tiempo atrás, le amaba en secreto, y hubiera querido hacer útil su viaje para indicar su afeccion.

La presencia de Carlota habia destruido sus planes y orijinado su despecho.

Este contraste, y la manifestacion del gran carácter observado en el jóven, aumentáronle su simpatia empeñando su amor propio.

La noche pasó sin novedad alarmante, aun cuando el estado de la enferma parecia agravarse.

La impaciencia de Alberto y Florencio eran estremas. El primero, sobre todo, hubiera querido hacer volar al médico aun acosta de su sangre.

Habia pasado una noche cruel, sin que el sueño trajera á su espíritu, ese descanso fatigoso de las grandes crisis morales.

Nada podia juzgar, á nada resolverse, era forzoso esperar....

A la una llegó el médico.

Era un jóven recien doctorado, que acababa de salir á la campaña con el honesto fin de procurarse lo necesario para establecerse ostentosamente en Buenos Aires, convencido de que nuestra sociedad no aprecia el talento que no está rodeado por la fortuna.

Acompañado por Florencio, quien le narró suscintamente lo sucedido, penetró á la alcoba de la enferma.

Miró, tomó el pulso, auscultó, observó é hizo concienzudamente los demás aparatos necesarios á un buen diagnóstico.

Despues se retiró con Florencio.

—La niña está grave, muy grave, su malestar crecerá mas aún; acaso le sobrevenga una pequeña perturbacion mental, pero no es seguro, lo que sí, desgraciadamente, es la pérdida del ojo izquierdo.

—Quedará muy desfigurada?

—Lo bastante para que no se recuerde su belleza.

—Pobre Ofelia!

—Sí: es digna de compasion.

—El insensato que ha cometido semejante brutalidad, se ha valido del ácido sulfúrico concentrado.

—Y podré llevarla á Buenos Aires?

—Casi seria mejor hacerlo ya, pues como he dicho á usted, la fiebre y demas incomodidades no han llegado aun á su período, áljido, y de no hacerlo inmediatamente, habria que resig-

narse á esperar, y están ustedes muy léjos de tener aquí brevemente los recursos que le serán necesarios.

—Partiremos esta misma tarde ¿será usted bastante bueno para acompañarnos? lo reclamo de su hidalguia.

—Y mis clientes?...

—Que aguarden, doctor. No tendrá usted ningun enfermo que haya menester tantos cuidados como mi pobre hermana.

—Que sea tan acreedora á ellos, querrá usted decir.

—Gracias ¿cuento con usted? haré que lo espere en Jeppener la volanta, para evitarle las molestias de un viaje en galera.

—Quisiera serle útil. Acepto: no enviaremos pues, por los medicamentos, me limitaré á los recursos que existan.

—Gracias, gracias, amigo. Voy á presentar á usted algunos de mis huéspedes; esta es su casa, quiero disponer ya lo necesario para el viaje.

Y Florencio llamando á Alberto, Cárlos y otros, los puso en contacto con el jóven doctor.

Alberto no hubiera deseado otra cosa, así que

le sacó una por una sus deducciones y presunciones acerca de la enfermedad de Ofelia. La jóven viviria, segun el pronóstico, pero era inevitable la pérdida de sus atractivos.

Dura prueba para su amor!

La noticia del regreso se esparció entre los invitados que la recibieron con íntima satisfaccion.

Brevemente se hicieron los preparativos, y á media tarde estaban en marcha.

Debian tomar el tren al dia siguiente.

La enferma colocada en un carruaje al lado de misia Dorotea y Carlota, viajaba sin darse mucha cuenta de lo que sucedia ni de su estado.

Envuelta en una especie de idiotismo, parecia no oir ni sentir.

Pronunciaba de vez en cuando frases sin hilacion ni sentido aparente.

La noche fué terrible, incómoda.

Los viejos y las mamás se daban al diablo por haber aceptado aquella fiesta, que tantas molestias les llevaba ocasionadas.

Verdad que la estacion Jeppener no ofrecia entónces la comodidad necesaria para tantos viajeros.

Fué menester aceptar sin muchos mohines lo que habia y se les ofrecia.

Ofelia fué colocoda en el lecho y la pieza más cómoda. Sus amigas se turnaron para velarla; no sacrificaban mucho descanso.

Los jóvenes divididos en grupos, ó aislándose para dormitar algunos instantes, se avinieron con la situacion.

Florencio, dominando sus inquietudes, se acercaba á todos, procurábales mayor comodidad. Hubiérasele creído olvidado de su dolor si algunas ráfagas de tristeza no anublaran con frecuencia su semblante varonil.

Alberto, separado de todos, á solas con sus desconsolaciones, batía con espíritu apocado el desgarramiento de su alma. Su lucha amarga, su dolor punzante, no tenia decisiones ni impulsos: era que le huia la esperanza.

Al alba estuvieron todos en pié, señalándose el insomnio y el cansancio en todos los semblantes.

Llegó la hora de partir; se despejaron los ánimos, viéndose algunas sonrisas.

Florencio tomó un departamento reservado para la enferma, cuya sensibilidad no era mayor.

El viaje fué un suplicio: aire violento, polvo, movimiento insoportable, estrechez. Lo mismo que se esperimentaria hoy en cualquiera de los trenes, pues aun no se ha resuelto por el gobierno ni las compañias, el problema de hacer cómodos, ó siquiera menos fastidiosos, los viajes.

Lo enojoso tambien termina, y llegaron á la Plaza Constitucion donde cada uno tomó camino de su casa, á escepcion de Carlota y dos jóvenes, que decidieron acompañar á la enferma.

Era la una de la tarde, y Buenos Aires estaba en pleno movimiento.

Sus calles estrechas y sucias manifestaban el desbordamiento de la actividad, que se nota en ciertas horas.

La casa de Florencio era en la calle Venezuela, donde llegaron brevemente.

Llamaron al médico de la familia, para que consultara con el que las acompañaba, y que debia regresar al dia siguiente.

Fué, como en casos semejantes, del parecer de su colega; confirmó el tratamiento y opi-

niones, decidiéndose á tomar bajo la responsabilidad de su ciencia, el cuidado de la interesante enferma.

Agradecido y generoso despidió Florencio al jóven que tan importantes servicios le prestara.

El viaje no habia empeorado la paciente.

La espectativa deberia continuar, sin embargo, muchos dias más.

Valgámonos de ese intervalo para dar á conocer al lector los personajes, que ha visto actuar en los capítulos precedentes. Para ello nos perdonará que debamos retroceder casi tres años.

III

ANTECEDENTES

Con que queda decidido que iré á buscarte luego á las diez?

Sin inconveniente; aunque me sacas de mis casillas.

—Me lo agradecerás.

—Es dudoso.

—Bueno: hasta luego.

Y los interlocutores se separaron dándose un apreton de manos.

Eran dos jóvenes.

Uno alto, delgado, pálido, ojos pequeños, pardos, inquietos, pelo negro ensortijado.

Llamábase Arturo Sierra y era hijo de un comerciante poco acaudalado, politiquero cínico y sin convicciones, con lo que está demás decir, que su nombre figuraba en todas las listas, y era siempre presidente de algun club ó comité.

El otro era bajo, grueso, cara redonda, de facciones toscas y abultadas, ojos hundidos, chiquitos: vestia con ridícula afectacion. Su nombre era el de Francisco Molina.

Eran ya las cinco de la tarde, y cada uno tomó camino de su casa.

Encontrémoslos á la hora de la cita en lo de Arturo, calle Tacuarí núm....

—Celebro hallarte vestido, así no nos demoraremos; es una tertulia de confianza, y á las diez y media estará en su apogeo.

—Y tienes bastante intimidad para presentarme sin esponernos?

—Pues vaya! es relacion de familia: figúra-

te que la madre de Ofelia era como hermana de la mia, una santa señora, yo apenas la recuerdo: hace tanto que murió!

—¿Y con qué motivo se baila?

—Hoy cumple diez y seis años Ofelia, se pondrá vestido largo y quiere lucirlo, festejando su entrada al mundo: qué linda es!

—¿Con quién vive?

—Con una tia, misia Dorotea, que la ha criado desde que quedó huérfana.

—Tampoco tiene padre?

—Lo mataron los indios: era estanciero. Tenia dos establecimientos, uno muy lejos, por el Cristiano; allí lo mataron. Conservan el otro, que creo está situado en el partido de Las Flores.

—Y hermanos?

—Uno: Florencio, buen muchacho.

—Mayor que ella?

—Sí: bastante.

—Es un inconveniente: detesto los hermanos.

—No lo será mucho tiempo, pues solo espera tener la edad necesaria para hacerse cargo de la estancia, y es de suponer que se retire á ella.

—Buen dato.

—Caminamos?

—Estoy á tus órdenes.

—Verás que preciosa es Ofelia! Cuidado, eh!

—No estoy para amores. Tú la nombras con un entusiasmo que...

—Lo merece.

—Valdrá tanto como cualquiera otra.

—Estamos cerca, y no repetirás esa majadería.

Un instante despues, penetraban los jóvenes á un salon, sencilla y artísticamente adornado.

Sierra fué presentado á Misia Dorotea, que lo recibió amablemente.

Ya conocen nuestros lectores á esta interesante señora.

Multitud de personas de todas edades y sexo ocupaban ya el salon, donde descollaba Ofelia, agasajada, mimada, por todos los circunstantes.

Entraba al mundo como habia dicho Francisco, y por la puerta del placer; todo tenia encanto para ella, la lisonja le parecia verdad, las sonrisas no tenian hiel.

Existe tanto atractivo en lo que rodea á una jóven, cuya inesperiencia impide la penetracion de su mirada!

La alegria iluminaba su semblante. Sus ojos

oscuros, grandes, rasgados, miraban acariciando al irradiar la ternura de su alma.

Su traje elegante y sencillo contribuia poderosamente á realzar su espléndida belleza.

Preludióse la primera pieza, animando á la concurrencia, que movida por el mismo deseo, se dividió en parejas, comenzando cada una á arrullar sus ilusiones, ó conocer sus desengaños, bajo la impresion del mismo compás, como si se les dijera, que se abre el corazon á la esperanza, ó se oprime en la desesperacion con el mismo paso.

Francisco, iluminado por la mas franca alegria, habia dejado á su amigo, para decir amores á una juguetona morochita, que le oia entre burlona y satisfecha.

Sierra, sentado en un sofá, míraba con su seriedad y concentracion habitual, cómo pasaban por su lado unos y otros sin contajiarlo con la alegria que manifestaban.

De tiempo en tiempo fijaba sus ojos inquietos en la bella Ofelia, que se entregaba con infantil regocijo al placer de bailar.

Francisco se la habia señalado, y á pesar de su mala disposicion, no pudo dejar de hallarla hermosa.

Ahora me presentarás, habia dicho, á las instancias de su amigo, quien á todo trance queria evidenciarle su confianza con la niña.

La veia, y sin darse cuenta, sin esplicarse por qué, contraia sus lábios, cuando la miraba sonreir á su acompañante.

Varias veces se sorprendió con los ojos fijos, apretados los puños, pronto tal vez á maldecir.

Es estraño, murmuraba entónces: muchas mujeres me han sonreido, no pocas me han hablado de su amor, y esta chiquilla que no ha reparado en mí, me tiene inquieto, pendiente de sus coqueterias. Debo ser un nécio.

Y apartaba sus ojos fijándolos en cualquier parte, pero no tardaba en decirse: y ¿por qué me contrarío? ó mejor ¿por qué le doy importancia á todo esto? estaria bonito que me diera la tarea de huir de mis impresiones!

Terminó la pieza, siguióse otra y otras con pequeños intervalos, y Arturo parecia clavado en el sofá.

Habia seguido constantemente los movimientos de Ofelia.

Habia amado y habia aborrecido en aquellos instantes.

Algunas niñas notaron su inmovilidad y sorprendieron la direccion de sus ojos.

Dijéronselo á Ofelia, quien, movida por la curiosidad, le miró varias veces.

Comprendió que solo ella parecia existir para el desconocido; sin embargo, no le habia pedido una sola pieza.

Eso sobra para intrigar una jóven de diez y seis años; é interesar su imaginacion, que adorna siempre lo que sale de lo vulgar.

Continuó, pues, obsequiándole con fujitivas miradas que conmovian á Arturo, quien, llevado por su carácter, empleaba un hábil método de conquista.

La animacion crecia en cada hora.

Florencio se multiplicaba cumplimentando á sus amigos.

Serian las tres de la mañana cuando Arturo se puso de pié, dirigiéndose en busca de Francisco.

—Preséntame, le dijo al oido.

—Hombre! creia que te habia sorprendido un ataque de catalepsia.

Déjate de tonterias: aprovechemos este momento en que no está rodeada de sus insípidos cortejantes.

—Vamos.

—Señorita, tengo el gusto de presentar á usted al jóven Arturo Sierra, aventajado estudiante.

Arturo se inclinó gravemente.

—Y yo el de conocerlo—repuso Ofelia—estrechando la mano del jóven.

—Seré bastante feliz para obtener el placer de acompañarla?

La jóven accedió, enlazándo su brazo al de Sierra

Paseáronse silenciosamente un momento.

Conocíase que el jóven luchaba consigo mismo.

—Señorita, dijo con voz timbrada nerviosamente, he esperado á que felicitaran á usted todos y cada uno de sus amigos, yo no lo soy aún....y sin embargo tengo exijencias.

Ofelia lo miró interrogando.

—El baile vá á concluir dentro de una hora,

lo supongo,—continuó Sierra—y no quisiera que usted bailara una solo pieza más.

—Caballero!...

—Si usted no accede desapareceré para siempre de su vista; si lo hace, tendrá en mí un esclavo.

—Pero cómo he de desairar á los amigos de mi hermano?—observó Ofelia, intrigada por aquella singular manifestacion.

—No le faltarán á usted escusas atendibles. Verdad que no tengo el mínimo derecho para exigir tanta complacencia, pero no me siento con valor para verla sonreir estrechada por unos brazos que no sean los mios. Mi carácter me ha alejado siempre de los bailes y otras distracciones semejantes; la mujer ha sido para mi un ser adorable, pero en el que no creia que se pudieran fijar todas las facultades del alma avasalladas por el corazon. Me he burlado de todos los amores, he reido de todos los amantes, y hoy ofrezco el espectáculo de ser más ridículo que todos ellos. Ah! yo no sabia que existiera una Ofelia en la tierra. Perdon, señorita, no es propio mi lenguaje del momento ni de la escasísima relacion que nos une, pero es la espre-

sion de la verdad. Sé que no le tienen apego en los salones, yo no los frecuento, me escucho á mi mismo y hablo con la mano sobre el corazon.

Sierra calló: su voz sofocada por la emocion le impedia continuar. Sus ojos se habian humedecido; sus lábios tenian una agitacion temblorosa.

Ofelia notaba esos síntomas de apasionamiento. Muchos habian deslizado á su oido frases de almibarada ternura, pero á pesar de su inesperiencia alcanzaba que eran las espresiones convencionales, de esa insípida galanteria de los que creen que, para agradar á una niña, es menester finjirse enamorado de sus encantos.

Sentíase halagada por la esplosion dominadora que provocaron sus atractivos en aquel jóven cuyo carácter no tenia apariencias de débil é irreflexivo.

Le era duro, esperimentaba un vago temor, no se atrevía á exasperar sus sentimientos.

—Qué me responde, señorita; le soy bastante indiferente para que me envuelva en la amargura cuando tan fácil le seria complacerme? Yo no le pido su amor, no puedo hacerlo, ni siquiera su simpatía.

Quiero conservar un recuerdo halagador de su bondad, que no merezco.

—Haré lo posible para no ser á V. desagradable, dijo la joven con la tímida vacilacion del que no sabe solucionar una dificultad inesperada.

—Gracias, gracias!

La pieza habia terminado, y el jóven dejó á Ofelia al lado de misia Dorotea, encaminándose á ocupar su sitio en el sofá.

Sus impresiones se acentuaban más y más.

Siguiéronse tres ó cuatro piezas que Ofelia no bailò: tenia sobre si la mirada quemante de Arturo que le recordaba su promesa.

Cada vez que un jóven la solicitaba, sentia Sierra dolorosas angustias, y al verlo retirarse comprimia un suspiro de profunda satisfaccion.

Llegó la última pieza: iba á triunfar.

Vió que Florencio se aproximaba á su hermana y le hablaba con acaloramiento: despues ella lo mirò como diciéndole no puedo más, y enlazó su brazo al de un nuevo solicitante.

Sierra se puso de pié, sombrio, silencioso: cruzó el salon con paso firme y desapareció.

Ofelia lo veia; tuvo impulsos de sentarse pretestando una nueva incomodidad, pero temió hacer visible su obstinacion en no bailar y siguió distraida los giros de la danza.

Arturo habia dado el primer paso en el camino de su corazon, quitándola á su indiferencia de niña.

Quedaba la imaginacion para buscar lo de más.

La concurrencia se dispersó momentos despues, y ella en el silencio de su alcoba analizaba tímidamente esas primeras imborrables impresiones.

Al dia siguiente por la noche, Francisco buscó á su amigo.

—Chico! has dado motivo para que me pregunten si les habia llevado un oso. Qué manera de conducirse! ¿donde la has aprendido?

—No me fastidies: yo obro segun mís deseos é impresiones; las fórmulas sociales son para los tontos ó los que han embotado su sér moral en ese comercio estúpido de vulgaridades ¿no está uno en el derecho de ejecutar lo que le cuadre?

—Es que todos nos debemos á los demás.

—Mientras yo no atente á los derechos de cada cual....pero nada de esto hace al caso: ¿has visto hoy á Ofelia?

—Cáscaras! que prisa, y tu corazon que embotaba los tiros del bello sexo? parece que no te ha valido gran cosa. Es linda, eh!

—Es algo más que linda, es un ángel.

—Primera vez que me das la razon en semejantes cuestiones.

—Será la primera que la tienes. ¿Tú me digiste que eras amigo de la casa?

—Intimo, sí: no viste mi confianza, mi franqueza?

—Sí: todo lo ví, ¿podrás llevarme?

—Cuando vuelvan á bailar?

—Tonto! de visita.

—Eso es más difícil, asi no eres necesario para aumentar la concurrencia.

—Puedes ó nó?

—Le pediré el correspondiente permiso á misia Dorotea.

—Con tal que no lo pidas de una manera que te lo nieguen.

No hombre! te alzaré más arriba de tus méritos.

—Cuando puedes ir?

—Pasado mañana. Eres rápido en tus resoluciones.

—Como todo el que se mueve á impulsos del corazon.

—Entónces te has enamorado? me alegro.

—Tanto como eso quién sabe: confieso que esa niña me es agradable y quisiera tratarla á ver si la atraccion continúa.

—Me parece bien.

—Y aunque no te parezca: lo quiero así.

-Y si yo no te presentara? dijo Francisco picado por la dureza de las palabras de su amigo á la que no se podia habituar á pesar de su contacto casi diario.

—Buscaria algun otro que lo hiciera, sabes que jamás me aparto de mis propósitos, respondió sencillamente Arturo.

Dos dias despues, y segun lo prometido, dijo Francisco á misia Dorotea:

—Sabe, señora, que debo pedir á usted un favor inapreciable?

—Dígalo.

—Un amigo íntimo, y muy recomendable, quiere tener el placer de saludar á ustedes: ¿puedo traerlo?

—Quién es?

—Arturo Sierra.

—Ofelia, que lo oia, contuvo apenas un movimiento de placer: deseaba tratar algo más á un jóven tan original.

Misia Dorotea la miró como consultándola á lo que ella respondió:

—Si tú quieres, que venga.

—Queda entónces decidido que dentro de dos ó tres dias me aparezca con el jóven Sierra; es un distinguido estudiante que hará carrera; qué firmeza de propósitos, qué carácter tan resuelto! y Francisco enumeró por un rato sus cualidades reales ó posibles.

Retiróse contentísimo á participar á su amigo un éxito tan feliz, y poco esperado, dicho sea de paso.

Arturo lo recibió cariñosamente; lo hacia feliz, pero su regocijo no fué espansivo.

Francisco dudaba de un placer que no salia á la superficie, envuelto en manifestaciones estruendosas.

Decidieron presentarse cuatro dias despues.

Arturo ponia á raya su impaciencia.

A Ofelia, que no habia dejado de pensar en él, le estrañaba é intrigaba aquella demora.

Otro cualquiera, pensaba, hubiera volado aprovechando el permiso cuanto antes.

Su inquieta imaginacion la predisponia en favor del jóven á quien adornaba por su cuenta.

Por fin le vió entrar: era el mismo, su aire sério, su andar resuelto, su mirada punzante é inquieta.

Misia Dorotea lo recibió amablemente; ella le sonrió.

Hablóse un largo rato del baile, de teatros, de mil cosas indiferentes, pero los ojos de Sierra hablaron tambien de cosas más interesantes para Ofelia.

Asomaba en ellos el fuego de la pasion, y ella se veia con placer dominando con un gesto tanta altivez y rudeza.

Se despidió prometiendo volver en breve.

Ya has entrado al mundo, hija mia, y debo encaminar tu inesperiencia. Ese jóven está impresionado, parece susceptible de apasionarse y no sabemos quien es sinó por los informes de Francisco, que es todo un tarambana.

Nunca comprometas ni una mirada que importe esperanzas; todo lo que una jóven concede son letras giradas sobre sí misma; debes para ello posesionarte de todo lo que se relaciona con el objeto de tu simpatía.

A tu edad se confunde muchas veces el amor con los deseos de la imaginacion: eso es un mal, tarde ó temprano el corazon apaga la voz de lo ficticio, se siente el vacío en el alma, despues la necesidad imperiosa de amar, que provoca la desgracia, cuando se ha cedido irreflexivamente á los engañosos impulsos de la fantasía.

—Si yo no amo tia, ni á él ni á nadie, no pienso en ello.

—Que no ames está bueno: lo creo, pero te preocupan ya las galanterias. No te reprocho, es lo natural, debia suceder. Ten confianza en mi, estoy interesada en tu bien como lo estaría tu madre; pídote, pues, que me escuches.

—Aún no ha llegado el tiempo de que me valga su esperiencia.

—Debo adelantarme á él sopena de que me pese despues haber hablado tarde. Ese jòven será muy bueno, no digo lo contrario, pero hay

algo en él que me disgusta, te lo confieso; puede en ello mucho más mi instinto de mujer, que las reflexiones con que tratara de convencerme que juzgo lo cierto.

—No creo sensato que se obre por simpatías ni antipatías infundadas.

—Por eso me abstengo de decirte nada en contra de él, aun cuando me haya sucedido siempre, que si no me atrae una persona, justifico al fin el movimiento que me la hace repelente.

Olelia se sintió un tanto herida por aquellas sensatas reflexiones.

Era que ya obraban en ella secretos impulsos que la hacian acercarse á Sierra.

Misía Dorotea contó á Florencio lo sucedido, y éste le encomendó una vez más el cuidado de su hermana. Hacía tiempo que habia delegado en ella sus derechos y deberes, habituado á considerarla como madre.

La buena señora se informó como pudo de quién era el nuevo visitante.

Nada supo que fuera verdaderamente desdo-

roso para el jóven: por el contrario, aunque no era un estudiante modelo, tampoco tenia fama de calavera, antes mas bien de escéntrico y retirado.

No le caían á la mano armas poderosas para combatir la inclinacion, que veia desarrollarse en el jóven, y á la que no parecia indiferente su muy amada sobrina.

Así las cosas, Arturo comenzó á hacer frecuentes sus visitas y Ofelia á acicalarse con esmero para esperarlo.

Estableció dias fijos segun es uso aceptado en el gremio de los festejantes.

La declaracion formal no se hizo desear mucho.

Una noche, misia Dorotea no pudo estar en la sala.

Una jaqueca terrible la tenia postrada.

Sierra se interesó muchísimo por su restablecimiento, felicitándose para sus adentros de la oportunidad de aquella bendita afeccion, y deseando prolongara sus beneficios hasta la visita siguiente, que bien podia ser el dia inmediato con el muy aceptable pretesto de pedir informes de la salud comprometida.

Aun cuando una mucamita muy pizpireta que les servia mate y licores, se aparecia á cada instante creyendo que la llamaban, Sierra dejó caer, mas que dijo, al oido de su amada, las palabras de su amor.

—Y bien Ofelia: ¿puedo esperar de su corazon impulsos de cariñosa simpatía? Su amabilidad para conmigo, que tanto agradezco, responde á un sentimiento más ardoroso que la amistad?

Sea usted ingénua, franca: no soy un galanteador de oficio, mi alma se ha fijado en usted, estoy dispuesto á consagrarle mi vida; todos mis anhelos, mis aspiraciones se ligan á su amor que miro como la dicha suprema.

—Soy muy niña Sierra: me es usted simpático ¿por qué ocultarlo? pero será eso el amor?

—Oh! sí, quiero creerlo, lo he leido en sus bellísimos ojos, y lo he esperado.

—Yo tambien lo creo.

—Qué feliz me hacen sus palabras!

Hubo un intervalo de silencio en que solo los ojos traducian los sentimientos.

Sierra sintió ensanchado el horizonte de su vida: su espíritu concentrado afectaba las manifestaciones pueriles de que se alimenta la pasion, sin que pugnaran ya con su naturaleza.

Hizo girar la conversacion de la noche sobre variaciones del mismo tema, y se despidió lleno de sonrisas en el alma, sintiendo palpitaciones de doble vida.

Misia Dorotea interrogó indirectamente á su sobrina; ella suponia el tema de la conversacion habida.

Ofelia que habia mirado con disgusto las marcadas prevenciones de su tia, no se atrevió á decirle que casi habia prometido su amor.

Eludió hábilmente las respuestas evadiéndose de contestar en términos precisos.

Al dia siguiente procuró estar levantada para cuando viniera Sierra.

Nuestros jóvenes siguieron cultivando su inclinacion recíproca por espacio de un año.

Arturo amaba con toda el alma, tenia el frenesí de la pasion.

Muchas querellas habia motivado la intransigencia de su carácter, pero como todas las de los enamorados, terminaban en la más placentera reconciliacion.

Ofelia, en sus momentos de soledad, acaso de melancolía, solia preguntarse si amaba verdaderamente.

Estaba mas bien dominada por Sierra.

No se atrevia á pensar de distinta manera que él, á mirar á quien no se lo permitiera.

Esta tutela llegaba á incomodarla muchas veces.

Si esto es ahora!.... exclamaba intencionalmente misia Dorotea cuando comprendia que la jóven dejaba de ir á un paseo, ó se abstenia de aceptar una invitacion cualquiera obedeciendo las imposiciones de Arturo.

Aquella esclamacion, que la hacia rabiar primero, concluia por hacerla pensar.

Hasta le venian tentaciones de resistir un tanto, y hacer valer sus derechos á andar, á moverse, segun sus gustos.

Pero los más sérios propósitos se estrellaban ante una mirada de Sierra que sabia hacer chispear sus ojos.

Llegó la fecha en que Florencio cumplia la edad necesaria para administrar sus bienes.

Estaba decidido que, en cuanto lo pusieran en posesion de ellos, partiria á dirigir personalmente el establecimiento de campo en que lo hemos conocido.

Tal aniversario debia festejarse estraordinariamente.

Se convidaria á comer á los ìntimos y se daria un baile suntuoso.

Entre las nuevas relaciones de Florencio contábase un apreciable jóven, hijo de un abogado de fama y dinero.

Alberto Gimenez, cuyo hermoso carácter, franco y leal, habíale servido para estrechar en poco tiempo su amistad con el hermano de Ofelia.

Nunca lo habia llevado á la casa, pero fué de los invitados esa vez.

Arturo, estaba tambien.

No era gran amigo de Florencio, como no lo era de nadie, pero éste aceptaba cuanto disponia misia Dorotea.

A ocho alcanzaron los jóvenes que rodeaban á Florencio.

Solo Alberto era desconocido para Ofelia.

Presentado, y recomendado afectuosamente, fuéle necesario dedicarle alguna atencion á pesar de las sombrías miradas de Arturo.

Era un buen mozo, y ella comparó en ese instante su carácter con el de su novio.

La ventaja no le pareció quedar de parte de éste.

Alberto, espansivo, decidor, mantuvo una feliz animacion sin que pareciera apercibirse de ello.

Sierra se mordia los labios en cada sonrisa, que una frase oportuna le valia de parte de Ofelia.

Las tres horas que duró la comida fueron un suplicio para él.

Hallaba que la jóven se complacia en mortificarlo, prodigando atenciones al amigo de su hermano.

En cuanto tuvo ocasion, le dijo:

—Has usado toda la coquetería que cabe en una mujer.

—Yo no puedo pasar por una mal educada obedeciendo rarezas. Y la jóven hizo un mohin muy gracioso, que no le pareció tal á Sierra, y se alejó un tanto de su lado.

—Te propones martirizarme? preguntóle acercándose á ella nuevamente.

—No: quiero hacerte sensato.

—Cuidado...!

—De qué, si no obro mal?

—No seas niña: bien me comprendes.

—Y tú no alcanzas que tus exigencias se convierten con frecuencia en tiranias?

—Recien ahora lo notas?

—Es que recien me encuentro en la imposibilidad de complacerte.

—De veras? Y los ojos de Sierra se iluminaron repentinamente.

—A lo ménos creo que cuanto haga en tu obsequio te parecerá insuficiente.

—Pero harás lo posible por no contrariarme?

—¿No lo he hecho siempre?

—Vamos! te pones en lo razonable.

—Eso espero tambien de tì.

Y Sierra salió á arreglarse convenientemente para la noche, convencido de su dominio, que acababa de probar una vez más.

Sin embargo, no esperaba divertirse gran cosa: creia sufrir mas bien.

Ofelia meditó un instante la posicion en que la colocaba su novio.

Desaparecida la impresion de su mirada, se proponía ser ménos condescendiente con él.

Tampoco ella creia divertirse.

El baile fué espléndido.

Ofelia asediada por multitud de jóvenes, accedía á las numerosas instancias.

Alberto era uno de sus más entusiastas admiradores.

No habia reparado mucho en Sierra y se mostraba muy interesado en agradarla, lo que ella atribuia al cariño por su hermano.

Varias veces estuvo Arturo con la tentacion de tomarlo de un brazo para enseñarle á conocer y respetar lo que él llamaba ya sus derechos.

Lo detenia la reflexion de que tal atropello serviria admirablemente á la antipatia de misia Dorotea, que no se le habia ocultado siempre.

En vano se repetia que Ofelia no podia obrar de otra manera, que era justa y motivada su complacencia: los celos no admiten razonamiento de ningun género, y si algo puede contenerlos, es el mismo amor que los provoca.

El suplicio terminó con el baile.

El jóven se despidió sintiendo rugir una tormenta en el alma, y Ofelia entristecida por su difícil situacion, dióse á pensar en la frasecita de misia Dorotea: si esto es ahora...

Desde ese instante debia establecerse una ver-

dadera lucha en el ánimo de Ofelia, en que el temor, la simpatía, la costumbre de un afecto que impone la imaginacion, se presentaban con impulsos propios y distintos, pesando tambien la consideracion de un porvenir amargado por contínuas disensiones.

Desaprobóse en algunos momentos la precipitacion con que habia respondido por sus sentimientos, y asegurado la constancia de su afecto.

Yo le amo, se decia, asi lo creo aún, pero no es posible que ese amor, fuente inagotable de ventura, de paz, de tranquilidad, solo sirva para hacer correr mis lágrimas con inmotivados disgustos.

Arturo es terrible, nada vé, nada oye, solo hablan sus celos.

Me querrá tener en un encierro perpétuo, como dice mi tia.

Ella, que analizaba sus sentimientos, no conocia aún la influencia ejercida por la presencia de Alberto: no lo recordaba, ni venian á su mente las comparaciones que habia establecido unas horas antes.

Cuántas veces se cede á la influencia de lo desconocido!

Jamás habian golpeado su alma con tanta insistencia esas reflexiones que muchas veces habia tenido ocasion de hacerse.

Arturo será siempre un tirano, repetia; lo sé, no puedo dudarlo ya.

El ve mi juicio, la escasez de mis relaciones; ha suprimido paseos, tertulias, teatros, y aún no le basta.

Es terrible una tutela semejante, intolerable.

Pero cómo lo desairo? Dios mio! es capaz de un atentado: he llegado á temerle, tiemblo cuando me mira airado; ¡qué será motivando sus furias! Pero no debe influir el temor para una resolucion de trascendencia. Yo no puedo casarme por miedo.

Esperemos: él no ha fijado aún el plazo ni me ha pedido; cuando trate de hacerlo le diremos que lo demore, ó se lo dirá mi tia: eso es.

Hecha tal resolucion, Ofelia descansó algo más tranquilizada.

Tuvo al dia siguiente un gran enojo con Sierra por los cargos que hacia pesar sobre su conducta en el baile.

Trató de hacerle notar que habia hecho marcadísimas preferencias por Alberto, de las que ella no se daba cuenta ni las recordaba.

Dióle con ello el primer empujon que la acercaba á su futuro rival.

Cuántos hacen lo mismo! Inician con los celos las simpatias que están lejos de producirse.

Ofelia comenzaba á disgustarse de aquellos enojos inacabables.

Ya no veia con gran dolor un rompimiento definitivo y cuando esto sucede por cualquiera de las partes, el rompimiento no está lejos.

La partida de Florencio se fijó para el mes siguiente; faltaban pocos dias, y sus amigos le acompañaban siempre, á toda hora.

Alberto era de los más allegados, poco se separaba de él durante el dia.

Ofelia le veía, pues, contínuamente.

Sierra se apercibió de ello, y todas las noches la mortificaba con sus quejas iniciando siempre la conversacion en esta forma:

—Hoy ha estado ese señor Gimenez?

—Si, vino á buscar á mi hermano.

Y se encontró contigo? no es eso?

—No es eso: puesto que yo solo lo ví pasar; permaneció en las habitaciones de Florencio.

—Son ya muy amigos: es estraño.

—No lo es tanto, si consideras que debiendo alejarse de Buenos Aires, sus amigos le despiden con anticipacion.

—Especialmente Alberto.

—Es el que más distingue.

Ayer comió con ustedes?

—Sí.

—Tambien á causa del viaje?

—Mi hermano lo hace quedar y me figuro que no tendrás la intencion de que yo le prohiba agasajar á sus amigos.

—Es raro que él se aparezca á la hora de comer como para obligar á que lo inviten.

—Eso no hace: cuando viene es por pedido de Florencio.

—Lo defiendes?

—No: digo lo que es.

—Tú te sentirás lo mas satisfecha y gozosa cuando lo tienes á tu lado?

—Eso lo dices tú ¿quieres acaso que no vaya á la mesa cuando él está?

—No: cómo he de querer privarte de su amable trato? seria una atrocidad ¿no te parece?

—Lo que me parece es, que jamás faltan motivos para que me riñas.

—Yo no los busco, los encuentro.

—Si: encuentras que de todo lo que sucede debo tener yo la culpa, y tal manera de pensar es muy molesta, casi intolerable.

—Hola! te parece intolerable? es de poco tiempo á esta parte que te cansa mi modo de ser: yo no he cambiado absolutamente, y no era antes intolerable. Son apuntes que dejas para mi cartera.

—Serán muy curiosas tus anotaciones.

—Tan estravagantes como que copian los impulsos de un corazon de mujer.

—Un estudio completo!

—Búrlate: ya te llegará la hora de llorar.

—Qué galante y amable has venido! me ofreces una buena perspectiva.

—La que tú te haces.

—Bueno, bueno, esto es inacabable, guarda tus celos para fundarlos en algo sério: entónces oiré tus reproches.

—Ah! te fastidio por que estoy en lo cierto: cuidado!

Ofelia guardaba silencio, Arturo continuaba en su peroracion con tono amenazante casi siempre.

Al fin se retiraba enfurecido dejándola triste, mal impresionada, llorando muchas veces.

Misia Dorotea completaba el mal efecto con un sermoncito adecuado.

Ya habia declarado al jóven guerra abierta y sin embozo.

Florencio partió para la estancia.

Alberto que habia adquirido intimidad en la casa, siguió visitando.

Ofelia le atraia dulcemente, la acariciaba en sus esperanzas, acaso le parecia el ideal de sus sueños de ventura.

El no creia en la seriedad de los amores con Sierra ni en la de sus propósitos.

Dejóse llevar por su naciente simpatía y no tardó en manifestarla tímidamente.

Misia Dorotea se colocó al punto de su parte: era un auxiliar poderoso.

Ofelia no tardó en comparar con harta frecuencia.

Cada dia pensaba menos en Sierra.

Una noche tuvo necesidad de salir y no la postergó: era el primer paso en el camino de la indiferencia.

Arturo se retiró enloquecido á pesar de las muchas disculpas con que ella lo hizo esperar.

Empezaba á herirlo la realidad.

Aquella pasion era más que su vida.

Determinó acelerar el desenlace: hablaria á misia Dorotea, le era necesario definir más su posicion.

Esperó lleno de angustias la noche siguiente.

—Ofelia, dijo apenas tomó asiento, tu paseo de anoche me ha hecho sufrir muchísimo, te lo juro.

—No pude dejar de salir.

—Di lo que quieras, pero me obligas á garantirme más de tu cariño: ahora le hablaré rancam[illegible] [illegible] tia.

[illegible]a se sobresaltó.

—Haz lo que quieras: yo no te he dado ni te doy motivo para esos arrebatos.

—Bueno: ya oiré lo que dice misia Dorotea.

Un instante despues penetraba ésta en la sala.

—Señora, dijo Sierra un tanto emocionado, creo llegado el momento de decir á usted claramente lo que ya ha comprendido. Amo á Ofelia, me creo correspondido, y pido á usted me fije la época de nuestra union, que considero la de mi ventura.

—Eso es difícil, caballero: mi sobrina es aun muy niña, necesita que velen por ella, yo me creo en el deber de no apresurar en manera alguna un paso de tantísima trascendencia.

—Señora... aunque usted señale un dia lejano, me ha parecido que debia esperar que lo fijara, pues implicaria su consentimiento.

—Yo no lo niego ni lo doy, es ella la que debe resolverlo, y no ahora.

—Ella me ha prometido su amor ¿verdad Ofelia?

—Sí: dijo ella bajando los ojos y sintiendo enrojecérsele el semblante.

—Su esperiencia de hombre debe decirle, que una niña se engaña con harta frecuencia respecto de sus sentimientos, da oidos á la imaginacion, cree amar, y cuando se apercibe de ello suele ser demasiado tarde: yo debo evitar semejante desengaño. Si ella le ama verdaderamente, esté usted seguro que le amará siempre, y si ha creido amarlo no puedo sacrificarla.

—Segun eso yo no podria casarme en breve, aun cuando ese fuera mi deseo y mi conveniencia.

—Asì es.

—Usted ha dicho que Ofelia debe resolverlo; que sea ella, pues, esclamó Sierra algo exasperado con una resistencia que no creia tan firme y resuelta. Señorita, agregó dirigiéndose á ella, su amor jurado tantas veces, debe responderme: quiero y debo casarme dentro de tres meses. ¿usted aprueba?

—No puedo, aun cuando otra sea mi voluntad, oponerme á los deseos de mi buena tia, que representa á mi querida madre, que lo es todo para mi; en cualquier circunstancia de mi vida aceptaré sus decisiones.

—Pero esto es incomprensible.

—No Arturo, es simplemente pedir al tiempo la solucion que usted quiere precipitar.

Misia Dorotea aprobó manifiestamente lo dicho por Ofelia.

—De manera, que yo no puedo considerar á usted como ligada á mi suerte.

—Aun no.

—Y sus compromisos?

—No han sido tales sinó la espresion de mi afectuosa simpatía.

—Y una cosa no implica la otra?

—Si, pero no la determina como consecuencia inevitable.

—Hace un mes que usted no hubiera respondido así.

—Es una suposicion.

—Y si yo viera la influencia de un tercero?

—Veria vd. mal.

—Ay! Ofelia, usted será mi perdicion.

—No veo el motivo.

—Le parece que no lo es bastante haberme hecho alimentar ilusiones durante quince meses para destruirlas de un golpe?

—No se destruyen, se aplazan.

—Es horrible, horrible, lo que me sucede, ah! si son ciertas mis presunciones!.....

—Caballero, no puedo tolerarle un lenguaje semejante, no es decoroso que hable usted en son de amenaza. Nada se le niega.

—Ni se me acepta.

—Porque no ha llegado el tiempo.

—Ofelia, piense lo que hace, piénselo, yo volveré mañana y seguiremos esta conversacion; ahora no se lo qué digo: adios.

Y el jóven saludó apenas á misia Dorotea y salió precipitadamente.

—Te has portado bien hija mia, lo esperaba de tu sensatez, ese hombre te haria muy des-

graciada. Ojalá puedas librarte de él sin funestas consecuencias; es un loco.

Ofelia sonrió tristemente, su posicion era violenta, luchaba con impulsos encontrados.

—Espero que te mantengas firme, que no te arranque nuevas promesas, deja ya de ser irreflexiva.

—Lo procuraré tía.

Y la jóven se retiró á sus piezas estrañando la firmeza que habia podido mostrar.

Sierra caminó rápidamente muchas cuadras sin direccion, la cabeza le ardia, sus ideas eran confusas, sus impresiones distintas, su desesperacion evidente.

Hablaba, accionaba como un loco.

Llegó á la plaza Lorea.

Tropezó con un banco y se sentó en él.

—Que la vieja no me quiere, ya lo sabía yo, se dijo, pero nunca imajiné que ella, Ofelia, apoyara sus estudiadas vacilaciones.

Ellas se han hablado, las respuestas han sido preparadas con tiempo, puesto que suponian que yo debia dar este paso un dia ú otro.

Qué mujer amante y amada posterga la dicha?

Es necesario ser muy tonto para no darse cuenta, que esta ha sido la primera parte de una negativa final.

Ella ha dicho que en todas las circuntancias de su vida aceptará las decisiones de su tia y bien sabe que la vieja no consentirá jamás de buena voluntad.

Está, pues, muy claro que piensan desairarme. El paseo de anoche fué el primer indicio: el corazon me lo avisaba.

Ingrata! yo sacrificaria mi vida por tu amor, lucharia con el mundo entero por poseerte, y no te atreves á contradecir á una vieja!

Podrás no quererme, impedir para siempre mi ventura despues de haberme hecho soñar con ella, pero alcanzaré á arrojarte del paraiso que te forjes.

Ay! de ti y de él: no me conocen.

Y Sierra continuó jurando venganzas terribles atormento por los celos.

Lo que le sucedia era para él la obra de un rival afortunado: este debia ser Gimenez.

Tarde, muy tarde penetró en su casa, se ten-

ió sobre el lecho sin que el sueño calmara sus ansias.

Vió descender el sol del dia siguiente, deseando las sombras de la noche.

Queria apurar rápidamente la hiel del desengaño que preveia.

A las ocho se presentó en casa de Ofelia.

Allí estaba Gimenez como diciéndole con su presencia: está usted demas aqui.

Saludó con aire sombrio, amenazante.

Yo he venido siempre tres veces por semana, este aprovecharia las otras tres, por eso lo encuentro ahora que alteré impensadamente el órden establecido, pensó.

Ofelia no se sentó á su lado como siempre.

Permaneció en medio de ambos.

Coqueta, se decia Arturo, aún no sabes por cual decidirte, ya veremos el resultado final de la comedia en que he servido à tus veleidades.

Trató de investigar la confianza que existia con el jóven, la encontró mayor de lo que la suponia.

Misia Dorotea parecia aumentar sus complacencias con él, hubiérase dicho que lo adulaba.

Ofelia le sonreia sin mucho miramiento, te-

nia el deseo de agradarle, así lo juzgaba Sierra, sintiendo hervir la sangre dentro sus venas.

Permanecia en silencio.

Habíase hecho la resolucion de esperar que se fuera. Creia que Gimenez aguardaba eso de él porque dieron las once, las once y media sin que diera muestras de salir.

A las doce menos cuarto miró el reloj.

—Ha transcurrido mas tiempo del que creia, dijo, es tan agradable pasarlo con ustedes!

Saludó y se fué.

Sierra cambió de posicion preparándose al ataque.

—Me complace haber conocido á mi reemplazante, es buen mozo, creí que no le gustaban los rubios sin embargo.

—Usted dice lo que se le ocurre, ese jóven no reemplaza á nadie, es el amigo de mi hermano y no debe estrañarle su presencia.

—Sí: es muy cómodo el título con que lo obsequia; pero dejemos eso, merece capítulo aparte, sigamos con el de anoche si á ustedes les parece bien.

Sierra que habia sufrido indeciblemente en las horas anteriores, resolvió exigir una con-

testacion categórica, para obrar segun ella, y su voluntad era indomable, como lo eran las pasiones á que la subordinaba.

—Poco más podemos agregar á lo dicho, respondió Misia Dorotea, picada por el tonito del jóven.

—Y si lo dicho lo entendiera de una manera especial?

—Veamos cómo? preguntó Ofelia que en esa noche se sentia sin mucho miedo, ya por la presencia de su tia ó por la de Alberto.

—Supongamos, ya que usted quiere saberlo, que yo me dijera: los desdenes marcados de Ofelia y su deseo de domorar el cumplimiento de sus promesas, significan, que ya no le eres agradable, que nunca te amó, que distrajo el tiempo haciéndote soñar, y ahora cuenta con un partido mas aceptable, con un jóven de mas brillante posicion, y procura alejarte de su lado como un juguete inútil ¿no estaria así en lo cierto?

—Seria una manera antojadiza de interpretarlo todo: no existen tales desdenes, ni tal caballero de brillante posicion. En lo que usted se aproxima á la verdad, siguió intrépidamente

misia Dorotea, es que cuando no se ama una persona, por tal ó cual motivo, existe el derecho de procurar que se aleje. Ahora si usted es amado ó no, lo resolverá como ya lo hemos dicho, mucho mas claramente el tiempo, que la misma Ofelia.

—Y si yo no quisiera prestarme á seguir sirviendo á sus veleidades?

—Estaria usted en su derecho.

—Esa es la respuesta que merece mi rendimiento, mi amor probado? Y Sierra se agitó con un estremecimiento poderoso; conocíanse sus esfuerzos para contener la esplosion de sus pasiones, escitadas por la indiferencia de su ídolo.

—Acabemos! esclamó. Si yo dijera, señorita Ofelia, voy á retirarme creyendo que usted no me ama ya, que sea usted feliz, ¿qué me contestaria?

—Que si usted lo cree asì, la determinacion seria sensata.

—Basta! no puedo soportar por mas tiempo las injurias hechas á mi amor, á mi dignidad, la lijereza con que se me ha tenido de instrumento; voy á retirarme, y ya no me verá más,

hasta que su casamiento con Alberto Gimenez me diga que ha llegado la hora de la venganza.

—Caballero!

—Concluyo señorita. Si usted permanece soltera, ó se casa con quien le es aun desconocido, recuérdeme como un desgraciado solamente, pero si como temo, se me desaira dando oidos á sujestiones estrañas, y habiéndome engañado villanamente, me tendrá que recordar como verdugo. Adios! y quiera el cielo que no tengan que verme una vez mas.

Sierra abandonó la sala terriblemente escitado, sus facciones se habian descompuesto, caminó enloquecido hasta su casa para encerrar su desesperacion, y acaso para ocultar sus lágrimas, porque el amor las arranca de todos l os ojos.

Misia Dorotea y Ofelia habian quedado en silencio, impresionadas.

—Ojalá! que este loco no nos cause mayores disgustos, dijo despues de un rato la señora.

—Es violento, arrebatado, pero no lo creo malo, y sobre todo el tiempo lo curarà. Yo veia esta escena en perspectiva, y lo malo hacerlo breve.

—Tienes razon: te confieso que me siento aliviada de un enorme peso.

—Yo no sé si puedo decir otro tanto. Creo que hay instantes en que me arrepiento de haber sido tan dura: el pobre me ama.

—Bueno, no pienses en él: que termine pronto tan desagrabable episodio, ¿vendrá Gimenez mañana? preguntó maliciosamente la señora.

Ofelia sonrió, hizo un mohin, y se encaminó á sus piezas.

Qué desazones, qué disgustos tiene la vida! murmuró débilmente.

Ofelia pasó una mala noche.

Tristes presentimientos la ajitaron.

Ella convenia en que se habia engañado á si misma respecto á la afeccion que la habia ligado á Sierra, quien mas bien se le habia impuesto por la escentricidad de su carácter, que héchose amar.

Así lo decía la vaguedad de sus ideas y la necesidad de un afecto tierno, espansivo, soñador, infantil si puede asi llamarse.

Acaso la idea del amor seduce tanto porque nos acerca á la niñez con sus puerilidades, sus

vagas inquietudes, y esa edad es siempre querida.

Al dia siguiente, misia Dorotea, que leia en su alma, le procuró hábilmente sus distracciones favoritas.

Queria apresurar la hora del olvido.

Por la noche vino Alberto, se le contó, correjido, el incidente del rompimiento con Sierra, galanteador que se habia impuesto sin atraerel ánimo de Ofelia.

El jóven se alegró, y muy sinceramente, con la noticia; estuvo más decidor, más espansivo y sobre todo más amable.

Habló de sus gustos, sus predilecciones, sus manias como él las llamaba. No cometió la imprudencia de murmurar de Sierra, limitóse á compadecerlo, porque Ofelia inspiraba sentimientos muy poderosos, afecciones inestinguibles. En una palabra, se insinuó hábilmente en el ánimo de la jóven, que se hallaba en estado *naciente*, como llaman los quimicos al cuerpo que sale de una combinacion y se encuentra libre para formar otra, en cuyo caso tiene mayor propension á combinarse.

Las mujeres se encuentran muchas veces en estado *naciente*.

Gimenez se retiró lleno de halagadoras esperanzas.

Hasta entónces habia contenido un tanto sus impulsos, por la presencia de Sierra.

El campo estaba libre, contaba con el afectuoso cariño de Florencio, con la simpatía de misia Dorotea, y no le parecia hallarse en mal punto de vista con la misma Ofelia.

Esta habia hecho la resolucion de olvidar, y en cada hora que pasaba le era menos difícil conseguirlo.

Ya hemos dicho, que su tia la ayudaba eficazmente.

Sierra, que habia sentido quebrarse sus impulsos de amor, amamantaba el odio en su pecho.

Para él era una felonia lo que se habia hecho.

Ofelia no merecia perdon.

No podia serle tampoco indiferente, debia amarla ú odiarla.

Los celos avasallaban su corazon.

Gimenez era la encarnacion de su desventura.

Pensaba, en algunos instantes, provocarlo, obligarlo á ser su enemigo, y matarlo.

Pero ella lo olvidará tambien, se decia, y yo debo destruir de un golpe la felicidad que se forjen ambos, debo castigar al uno en el otro, y ella será la víctima.

Oh! la venganza es el placer de los dioses, esclamaba. Voy á reir cuando pueda tenerla llorosa, suplicante á mis rodillas. Cuando sienta llegar hasta mi alma los estremecimientos de su amargura.

Y él? él, que llore viéndola caida de su falso pedestal de ángel.

Imaginando suplicios, ideando tormentos, dejaba transcurrir las horas de sus dias y sus noches.

En sus momentos de amargura, cuando el ódio se apartaba un instante de su alma, queria volver á postrarse á sus plantas, invocando el pasado, pidiendo una sonrisa.

—Pero me arrojará con desprecio de su lado, me verá débil, y yo no puedo dar ese triunfo á su vanidad de coqueta, de mujer sin corazon.

Y volvia á sentir las palpitaciones de su ódio.

Gimenez, alentado siempre por nuevas esperanzas, repetia sus visitas.

Ofelia se habia habituado á él, necesitaba de su jovialidad, de su alegria, de sus espansiones para despejar las sombras de su frente.

Cuando pasaba dos dias sin verlo, contaba las horas que ya se iban alargando en la ausencia.

Ya no debia tardar una declaracion en forma que pusiera una barrera mas espesa y firme entre ella y Sierra.

Habia resuelto aceptar su amor.

Conocia que el sentimiento dulce, tranquilo que en ella provocaba, iba aumentándose siempre: asì sucedèria en adelante.

A mas, daria gusto á su tia y á su hermano.

Alberto habló, y fué oido.

El jóven apenas creia en su ventura; parecíale un sueño alcanzar el amor de Ofelia.

Habíala visto alejada cuando la conoció.

Inmediatamente nacieron los proyectos.

El casamiento se haria en breve.

Cada vez que se hablaba de él, Ofelia recordaba las amenazas de Sierra.

Comunicóle su temor á misia Dorotea.

La señora lo encontró atendible. Ella imponia á Florencio de todos los movimientos.

Grande fué la alegria de éste con el cambio; escribió lleno de felicitaciones.

El no creia en la seriedad de las amenazas de Arturo, pero se le ocurrió aconsejar que fueran á casarse á la estancia, puesto que era allí donde debian pasar la luna de miel.

Ellas lo aceptaron.

Era menester decirle todo aquello á Gimenez.

Disminuyéronle lo del temor aumentando el deseo de complacer á Florencio.

Alberto aceptó todo.

¿Quién no lo hace con los deseos de la novia cuando ya se piensa en el *dia feliz*?

Algo debia enturbiar aquella felicidad tan pura, tan sin nubes.

El padre de Alberto dejó de existir, llevado á la tumba, jóven aún, por un ataque fulminante.

El jóven lo sintió muchísimo, así como la postergacion obligada de sus dias de ventura.

Aplazóse el enlace seis meses.

Era el menor tiempo posible.

Sierra se habrá olvidado ya de mi cuando nos casemos, pensaba Ofelia.

Ella no sabia que el ódio vela siempre.

Ese tiempo le sirvió empero para apreciar

debidamente á su prometido y amarlo con todo el fuego de su alma.

No tenia un pensamiento, un deseo que no fuera para él y por él.

Vivia con la vida del corazon.

Lo que se espera en mèdio de la dicha llega pronto.

Los seis meses tocaron á su término.

Florencio hizo un viaje para llevar lo necesario para los cambios que debian necesariamente introducirse en la estancia.

Arreglóse que misia Dorotea, Ofelia y Alberto se irian unos cuantos dias antes, dejando señalada la fecha en que esperarian á las niñas y amigos que se invitaran para la ceremonia.

Con actividad febril realizóse todo aquello.

Los jóvenes y la tia partieron.

Sierra, que de todo se informaba, partió tambien al dia siguiente.

Su viaje fué casi una desaparicion. Llevaba meditada su venganza; tenia la fiebre del ódio. No necesitaba recordar; sus humillaciones se habian grabado en su alma con caracteres de fuego.

Ni su amigo Francisco conoció la partida.

Se hallaba desconsolado porque no era de los de la fiesta.

Verdad es, que su amistad con la familia se habia enfriado mucho desde el alejamiento de Sierra.

Este llegó á Jeppener, y adquirió un caballo.

Llevaba un traje completo de gaucho y un magnifico recado; como que iba á lanzarse á la vida *libre, independiente,* de lucha perpétua.

Informóse con detalles de cuanto concernia al establecimiento de Florencio.

Despues apareció en la *Chumbeada,* donde lo hemos conocido, ya en relacion con el *Cortito,* famoso personaje de esos lugares.

No le habia sido dificil acercársele y que se entendieran, diciéndole que solo se trataba del robo de una muchacha.

El *Cortito* sobornó un peon de Florencio para que lo tuviera al corriente de cuanto se proyectara.

Segun lo que hicieran en la estancia serian sus operaciones.

No tardaron en saber, con grandísima alegria, que se trataba de ir á Jeppener, á bus-

car los invitados y que la estancia quedaria casi sola.

Lo demas lo conocen nuestros pacientes lectores.

IV

RESOLUCIONES

Dejamos á Ofelia luchando con sus dolores sin conocer el alcance de su desventura.

En sus momentos de mayor lucidez traia á su mente la vision del pasado, rodaban confundidos, mezclados, amontonados, sus recuerdos.

El rapto, su desesperacion, Sierra, sus dolores, su enfermedad, su casamiento destruido ó aplazado, todo y mas, se volcaba sobre su alma con palpitaciones distintas, con impulsos encontrados.

Esto le producia un estado semejante al idiotismo, en el que no podia fijar sus ideas, determinar sus aspiraciones ni deslindar sus deseos.

Su amor á Alberto tenia notas vibrantes en el hacinamiento de voces angustiosas que se repetian en su alma.

Pasados ocho dias, su restablecimiento físico empezó á hacerse sensible.

Debia preceder al dominio de sus facultades, á la conciencia de su ser moral.

Todos ansiaban y temian el momento en que ella tocara la realidad, que iba probablemente á despojarla de sus ilusiones.

Veíase á Florencio, taciturno, ensimismado, buscando la soledad y el aislamiento.

Acaso media la desventura de su hermana, ajigantándola con los impulsos de su ódio.

Alberto apenas tenia valor para colocarse en su verdadera posicion.

Su amor no era ageno á la belleza de su amada ¿amaria lo mismo á un sér deforme?

¿No iba á amargar su existencia con la formacion de un hogar imposible, en que cada mirada trajera un recuerdo doloroso, en que cada beso fuera un suplicio?

¿Cómo decir: yo no me caso, he amado su cuerpo, queria comprar con el matrimonio la satisfaccion de mis deseos?

Ese vínculo iba á presentarse entónces como el precio de los deleites sensuales, degradantes, embrutecedores.

El amor dignifica, engrandece, y él iba á prostituirlo sujetándolo á la influencia de la carne.

Cuántas veces acudian á su mente estas y pa-

recidas reflexiones, sin que ese hecho le trajera una sola luz, un solo medio conciliatorio!

. Su amor subsistia, su compromiso tambien; le amedrentaba el porvenir. Veia la palabra víctima escrita sobre su nombre en caracteres imborrables.

Todos los dias pensaba provocar una espliacion con Florencio: él conocia la nobleza de su alma, era sincero, lo sería tambien, único medio de entenderse cuando se trata con personas de corazon.

Estaba resuelto á no separarse de la línea del deber, de la nobleza; y los dictados del uno y de la otra le decian: cásate.

Propúsose no demorar mas tiempo su conferencia con Florencio, lo buscó á solas y dijo resueltamente.

—Dentro de pocos dias la pobre Ofelia estará en aptitudes de pensar en su situacion, y casi me parece escusado decirte que mi resolucion no ha variado; conozco los escrúpulos de tu delicadeza, por eso hablo. La amo y la amaré siempre sin que me importe la belleza de sus facciones.

Florencio lo escuchó en silencio, alzó los

ojos para fijarlos en el semblante de su amigo: estaban empañados por las lágrimas.

—Gracias, hermano, pronunció con voz emocionada. Y ambos jóvenes movidos por iguales sentimientos se estrecharon un largo rato.

—Tu hidalguía desminuirá su desventura, asi lo creo, continuó despues Florencio, y no morirá de dolor: pobre hermana mia!

—Olvidará su desgracia, rodeada por los halagos de mi ternura de que es tan digna.

—Oh! si, tu solo puedes comprender la bondad de su alma, eres digno de ella Alberto: te deberemos la dicha, y ella tal vez hasta la vida; tu abandono la hubiera muerto.

Los jóvenes permanecieron en silencio.

—Y Sierra? dijo de pronto Gimenez.

El semblante de Florencio se oscureció. Era la primera vez que lo nombraban.

—Ya daremos con él, descuida: la sonrisa de Florencio era una sentencia. Principiemos por poner en órden lo que nos rodea y toca directamente. El tiempo no debilitará mis impulsos ni mi brazo, añadió siempre con la misma sonrisa.

—Hermano, repuso Alberto, tu causa es la

mia, tus ódios lo son tambien; acuérdate de ello.

—Gracias: tu te debes á Ofelia, casándote soy libre y entonces....hablaremos.

Florencio se levantó y comenzó á pasearse por la habitacion.

Llamáronlo de parte de la enferma, suspendiéndose así la conversacion.

Ofelia, muy aliviada ese dia, intentaba darse cuenta exacta de su situacion; habia hecho llamar á su hermano para obtener los datos que ansiaba y que misia Dorotea no podia ó no queria manifestar.

—Qué me quieres? preguntó Florencio cariñosamente.

—Hablarte, respondió ella despues de un momento.

—Veamos.

—¿Y Alberto?

—Bueno siempre, deseando que te mejores.

—Sí; y para qué? la jóven envolvió en esa pregunta todos sus temores, todas sus amarguras.

—¿Cómo lo preguntas? observó Florencio, alegrándose de la oportunidad de la declaracion de Gimenez.

—Pues! y quieres que sea siempre la misma Ofelia? Acaso se me oculta que mi rostro no recuperará jamas sus líneas? No se yo que hasta la falta irreparable de un ojo destruye mis pocos atractivos?

—No digas eso: puede ser que tarden en borrarse esas huellas de tu fisonomia, pero eso no quiere decir que permanecerán siempre; á más que nada influye para con el cariño de tu prometido la belleza de tu rostro; ha comprendido y anhela la de tu alma. Hoy me lo ha dicho.

—No me engañas?

—Me atrevería á hacerlo?

Ofelia calló: su pecho agitado por grandes emociones se alzaba al compas de esa respiracion fatigosa que precede al llanto.

—Si, continuó Florencio, yo lo suponia, y él me lo dijo hoy, hace un momento; quiere que sanes pronto para que le pertenezcas.

La jòven sollozó. Alcanzaba la abnegacion de su amado, la conmovia tanta virtud.

—Pero qué te entristece, qué te hace llorar? siguió Florencio; si abrigaste algun temor ya debe desaparecer.

—Yo no debo aceptar ese sacrificio, comprendo su grandeza, y no seria digna de él obligándolo á sacrificarse.

—Ofelia...!

—Si, hermano mio, la accion de Alberto es digna de su alma, digna de su amor, no puedo empequeñecerla, me hace feliz la idea de que he podido inspirarle un cariño bastante puro, bastante noble, para impulsar tanta generosidad.

Florencio abatió su frente entristecida; veía dolores sin tregua para esa mártir. Conocia la firmeza de su carácter, la juzgaba por la propia, y aquellas palabras le revelaban una resolucion inquebrantable.

—¿Lo has pensado? preguntó.

—Lo que te digo es el impulso de mi corazon, no necesito meditarlo, sé que es bueno y me basta.

—Sin embargo, eso no puede ser la obra de un instante de generoso apasionamiento; espera, ó mejor, esperemos; en poco tiempo podrás

juzgar de ti misma, de tus fuerzas, de tus deseos, y modificar tu resolucion.

—No lo creas.

—Bueno: no te afirmes en ella con impulsos caprichosos, espera. Hablemos de otra cosa: ¿cuándo dijo el médico que podias levantarte?

—Mañana.

—Piensa en eso: en tu salud, lo demas depende de ella.

—Te obedezco, y Ofelia leyó en el semblante varonil de su hermano la tristeza de su alma.

Trascurrieron varios dias.

En ellos, la salud de la jóven, era una promesa; sin embargo su amargura, su abatimiento, eran los mismos.

En vano se afanaba misia Dorotea por distraerla.

Sus amigas la mimaban.

Ella habia conseguido un espejo con el que destruyó las afirmaciones lisonjeras que le hacian en todos los instantes.

Su boca no tenia forma, sus mejillas estaban surcadas por gruesos costurones, el ojo izquierdo destruido, casi sin párpados, completaba el anonadamiento de su belleza.

Fué mirando su imájen, que afirmó en su ánimo la resolucion de no sacrificar á Alberto.

Esperaba verlo dentro de pocos dias.

Acaso su resolucion estriba en que no ha recibido aún la impresion de mi semblante, pensaba con infinita amargura.

Alberto ansiaba verla, y lo manifestó.

Preparóse la dolorosa entrevista.

Misia Dorotea quiso acompañarla: ella accediò.

La buena señora produjo hábilmente en la habitacion una dudosa claridad, en la que apenas se distinguian los rostros.

Alberto penetró palpitante de emocion, tomó sus manos, fijando en ella sus lábios.

No pronunciaban una sola palabra.

Ofelia alzó con firmeza la frente, se levantó y fué á abrir una por una las ventanas.

—La luz no me daña tia: ya debo mostrarme como soy, ó mejor como estoy.

Alberto la miró, y un estremecimiento de dolor y angustía ajitó su alma. No la habia imaginado tan desfigurada, tan monstruosa.

Ella notó la impresion y dijo impregnando su acento de melancolía.

—Verdad que estoy horrorosa? no lo niegues.

El jóven dominó su emocion, recordó su amor y sus promesas, esclamando:

—Oh! no: para mi siempre eres mi ángel bueno, yo amo tu alma.

Ella sonrió.

—Gracias: lo esperaba, lo sabia de tí: eres noble, y por esas mismas cualidades yo no debo sacrificarte: serás mi hermano del alma, quedando desde este instante completamente libre de tus compromisos. Cuando tengas novia me la presentarás, yo veré si es buena, si es digna de tí ¿me lo prometes?

Alberto la oyó sin creerla: en sus ojos se pintaba el estupor de la admiracion.

Ella continuó:

—Yo no puedo casarme ya: me proporcionaría mayores sufrimientos ¿verdad tia que apruebas mi resolucion?

La buena señora no se daba cuenta de lo que oia: balbuceó una respuesta.

Ofelia solo habia comunicado á Florencio esta resolucion, que al jóven habia ocultado.

—Si, Alberto: el mundo que se ajita á mi alrededor, y para el que me creia llamada, me

rechaza; ahora ¿por qué me lo he de ocultar y por qué he de pretender ni consentir en que tal fallo pese sobre tí como una maldicion?

—No hay tal desventura, prorrumpió Alberto dueño ya de si. Agrandas tu mal como si te mandaran atormentarte. En ese mundo que mencionas existe la justicia y se te hará ¿qué vale la belleza del rostro ante la del alma? porqué te ha de rechazar? por qué á mi tambien?

—No dores con ilusiones una situacion clara y distinta: yo no sirvo ya para la sociedad: el amor te estravía, se te sube el corazon á la cabeza: felizmente mis facultades se rehacen, con la desgracia he perdido los impulsos que pudieran estraviarme; veo, juzgo, y no retrocederé. Piensa mis palabras, medita mi accion, y cuando el apasionamiento haya perdido en ti su vehemencia, me darás la razon, me lo agradecerás: eso espero de tí, será mi recompensa. Déjame la dicha de ser siempre tu ángel bueno, como me has llamado.

—¿Y si yo exijiera tu mano, como necesaria, imprescindible para mi felicidad que tanto cuidas?

—Te la negaria.

—Ofelia!

—Alberto!

No eres de este mundo! jámas me resignaré si te pierdo.

—Ahi tienes, te parezco buena, abnegada tal vez: no me quites el placer de serlo siempre: te lo exijo.

—Me exijes algo mas que la vida, y ni aun ésta se entrega sin resistencia.

—Así que piensas insistir?

—Siempre! exclamó el jóven con vehemencia volviendo á apoderarse de las manos de su amada.

—Los hermanos deben ser mas complacientes, dijo ella sonriendo con ternura llena de melancolía.

—Sin embargo no les está prohibido buscar la felicidad por todos los medios: tú me condenas á emprender nuevamente la tarea de conquistarte para mi amor: ahora te conozco mas, lo que quiere decir, que te amo mas: debo ser pues, mas tenaz en mi empeño.

Misia Dorotea oia en silencio aquel tierno diálogo en que ambos jóvenes se mostraban tan dignos uno de otro.

Cuánta dicha dejaban tras de sí, desviada por una mano criminal, pensaba, sintiendo humedecidos sus ojos.

—Amarás sin esperanza de que sea tuya, habia respondido Ofelia, con melancólica resignacion.

—Jamás; del amor se desprende una fuerza celestial que lo alienta siempre, nada la arrancará, pues, de mi alma.

—Sentiria verte empeñado en esa lucha que hace verdaderamente difícil mi situacion.

—Solo es tu voluntad, Ofelia mia, y nunca creí que fuera mi obstáculo.

—Todo ha sido impensado, como la fatalidad de mi destino.

—Hoy no espero vencer tu resolucion: será despues.

—Deja la empresa: ahí siento á Carlota, voy á llamarla. Y la jóven se separó un instante de Alberto para traer á su amiga.

Él la miró tristemente, repitiendo:—Oh! no es una mujer....

V

EL MONTONERO

La precipitacion con que se desarrollaron los sucesos narrados nos han obligado á olvidar un tanto á nuestro protagonista.

Encontrémosle en el momento que consumada su obra de venganza se aparta de su cómplice, el *Cortito*, y se dirige á Buenos Aires.

La brisa fria de la mañana azotaba su frente enardecida.

Galopaba sin cuidarse de la fijeza de su rumbo.

Su imaginacion recorria cada una de las escenas en que acababa de ser actor.

El llanto de Ofelia, sus ruegos, su desesperacion, venian á herirle como la nota de un sollozo entre los rugidos de un combate.

No la recordaba para compadecerla, para sentir su infortunio ni medir su desventura.

Recordaba su amor humillado, sus esfuerzos

venidos. Sus risas [illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Ahora [illegible]

[illegible]

[illegible]

V[illegible]

belleza [illegible]

sacrificio [illegible]

Es [illegible]

que oculta [illegible]

[illegible]

Dios [illegible]

[illegible]

M[illegible]

[illegible]

¡Qué [illegible]

me [illegible]

[illegible]

que me [illegible]

Y desapare[illegible]

tes en [illegible]

Y tuviste valor [illegible]

sueños, audacia [illegible]

tante para conservarme á tu lado dos años, fingiendo en todos los instantes, siendo perjura en todos los momentos.

Y Sierra, exaltándose con cada una de sus frases continuaba traduciendo las palpitaciones de su ódio.

Asi llegó á Buenos Aires.

Temiendo la accion de la justicia regular, á la que podia apelar Florencio, determinó poner distancia de por medio.

Sin dar á su familia grandes esplicaciones tomó pasaje en uno de los vaporcitos que hacen la carrera de los rios y se dirigió á las provincias del litoral.

Estaban á la sazon convulsionadas y pasaria desapercibido entre esa multitud híbrida, cuyos antecedentes individuales deben buscarse en los registros de cárceles, y que acompaña á todos los caudillos, sirviendo de base al logro de sus ambiciones.

Sierra temia mal.

Florencio no habia pensado confiar su venganza á los tribunales.

Creia que éstos no podian hacer otra cosa que vengarlo: para eso se bastaba él mismo.

Sierra juzgó prudente apartarse de los disturbios que envolvian á todos, pero fuéle muy difícil huir de persecuciones hostilizadoras por parte de todos y cada uno de los bandos, para los que el calificativo de porteño no era entonces ni es ahora, un título de recomendacion.

Vióse en la necesidad de alistarse en el que le pareció mas aceptable.

Sentia gran hastio por la vida.

La imágen de Ofelia aun tenia colores en su imaginacion. Aun la odiaba.

Su carácter se habia hecho mas taciturno, mas sombrío.

Eso, y algunos hechos de valor, que le vieron en breve ejecutar, le granjeó si no el aprecio el respeto de sus mismos jefes, que veian en él un buen aliado.

Precuraron atarlo á sus ideas halagando sus ambiciones.

Cedia á éstas con aire indiferente; hubiérase creido que le era igual combatir por todas las causas ó ser enemigo de todos los hombres.

Mucha era en efecto la dósis de su ódio.

Solo en el combate se animaba su semblante, aspiraba con cierta delicia el olor escitante de la pólvora, los ayes, los gritos de angustia, los alaridos con que se anuncia la victoria sonaban gratamente á su oido.

Su brazo se hizo diestro, su cuerpo se fortaleció en la intemperie y en la lucha.

Todos leian algo tremendo en el pasado de este jóven que ansiaba la pelea sin que pareciera llevarlo el amor á la gloria ni la ambicion.

Empero respetaban su silencio: hacian comentarios lejos de él, sin que sus conjeturas se aproximaran á la verdad.

Su prestigio entre los soldados crecia.

Esos hombres habituados á la matanza y al pillaje íbanse sintiendo dominados por ese valor lleno de firmeza, por ese arrojo en que se mezclaba la crueldad.

El ódio de Sierra hácia la sociedad de la cual se habia alejado haciéndose aborrecer, se traducia en rencor para con sus semejantes cuyos dolores no le impresionaban, cuyas angustias veia con desden.

Su lanza ó su sable penetrando en un cuerpo enemigo eran sus alegrias.

La pasion política esplotada en las masas llévalas á odiar al contrario.

Sierra no seguia á nadie, no tenia convicciones, odiaba por cuenta propia.

Dejémoslo persiguiendo deseos indefinidos é inmoderados, hasta que los acontecimientos nos lleven á él.

VI

ESPERANZAS Y DESEOS

Alberto buscó á su amigo, á su hermano, para depositar en su pecho sus tristezas.

Florencio no dudaba de la firmeza de la resolucion de Olelia.

—Sabes lo que piensa y dice tu hermana?

—No: pero lo imagino.

—Pues me ha devuelto mi palabra, anunciándome su resolucion de no casarse.

—Y...?

—Y, yo que la amo mas que nunca, que no me creo desligado de mi compromiso, ni indigno de su amor, solicito tu auxilio para convencerla de que su delicadeza es exagerada.

—Será inútil.

—Oh! no: la necesita mi ventura.

Florencio sonrió tristemente.

—Ella tambien habrá menester de tu ternura y la pospone, dijo, su alma es grande y fuerte,

imítala: yo no debo presionar sus resoluciones. Acaso lee en el porvenir: no se le oculta que la desaparicion de sus atractivos perjudicará mañana tu amor. Te engañas tal vez al hacer duradero tu apasionamiento.

—No: la falta de su belleza me llevará á amar su alma, y esta no queda sujeta á los cambios.

—Eres bueno, Alberto, pero tu voluntad no dominará siempre las exigencias, que nos hace arrastrar la flaqueza humana. Yo he meditado esa resolucion, pues hace dias que me la comunicó entre lágrimas, y he hallado que hay en ella sacrificio, pero es buena, previsora....

—Tambien tú en mi contra?

—No, hermano.

—Y entonces?

—Es que yo no debo dejarme guiar por inspiraciones del momento, y sobre todo decidir en lo que atañe directamente á la felicidad de los séres que amo tanto: ella y tu.

—Escucha.....

—Emprende de nuevo la conquista, no de su afecto, pues estoy seguro que lo tienes mas que nunca, pero sí de su voluntad.

—Ya le he dicho que tal era mi intencion y mi deseo.

—En campaña, pues.

Alberto bajó la frente con tristeza.

No era un alarde de buen deseo lo que lo llevaba á empeñarse por la union fracasada; no era tampoco un temor pueril del qué diran, era ya su amor, el conocimiento de la belleza del alma de aquella mujer que le huia amándolo, que interpretaba de tal manera ese cariño, que la impulsaba al mayor de los sacrificios sin mas afan, sin mas premio que alejar de los dias futuros un pesar posible.

Ofelia! dijo despues como hablando consigo mismo: ahora que conozco tu valor, que sé apreciarte, me huyes.

Era tal la verdad, la sinceridad de su espresion, que Florencio lo miró enternecido.

—Lo que es el hombre! dijo.

Cuántos darian su fortuna porque en un caso igual al tuyo encontraran la abnegacion de Ofelia para aprovecharla.

Tú me reconcilias con mis semejantes.

No puedes ser único; el bien y la virtud no se han perdido.

Y como si tales pensamientos lo arrancaran á su vida del momento, continuó en un silencio

interrumpido por las esclamaciones con que respondia à sus palabras.

Alberto no traducia tampoco sus ideas.

Acaso combatia los impulsos de su amor, como Florencio combatia los de su ódio, sintiendo caer sobre su corazon amargado la dulce placidez de la virtud cuyos rasgos acababan de herirlo.

Uno y otro comenzaron á pasearse por la habitacion.

Florencio se detuvo despues de un momento.

—Has sabido algo de Sierra?

Este nombre estremeció á su amigo, que bajó de las alturas de sus ideales de abnegacion y amor, para responder timbrando su acento con la emocion de la ira viva y violenta:

—Nadie ha podido decirme nada de él; no debe estar en Buenos Aires.

—Así lo creo, y pienso que será obra larga encontrarlo; ese cobarde deberá huir de su propia sombra.

No sé por qué cada dia renuévanse las heridas que me ha abierto.

Me creía poco capaz de ese ódio que no duerme, que vela siempre fortaleciéndose en to-

dos los instantes y por el cual debió decirse que la venganza era un placer de dioses.

—Yo, siento arder mi sangre cada vez que recuerdo su incomprensible villanía, repuso Alberto; nunca hasta ahora habia sentido una sola palpitacion de rencor, el mínimo deseo de venganza; pero hoy seria capaz de matar y de matar sonriendo, satisfecho de la obra, como el que libra á los demas de una fiera.

Florencio habia vuelto á sus paseos, á sus esclamaciones incoherentes.

Era indudable que antes de todo tenia la preocupacion de la venganza, que llega á constituir una pasion, un frenesí absorbente, esclusivista, dominante, que anhela sangre, desgarramiento de fibras, dolores imponderables, que vive del mal, que lo estudia, que lo perfecciona como los antiguos verdugos inquisitoriales.

—Te arranco á tus impulsos para hablarte nuevamente de mi amor: respóndeme con la franqueza de que eres capaz ¿quieres que prosiga instando á Ofelia para que se me una?

—Yo qué puedo decirte! hago como ella, te devuelvo la libertad.

—Está bien, la acepto, y supongamos que

fueras un estraño á Ofelia y á mi ¿qué me dirias?

—Lo mismo que te digo ahora. Los consejos son buenos, y hasta oportunos, siempre que se trate de especulaciones comerciales: allí no juega el corazon, y el amor de sí mismo interviene como un agente secundario, pero cuando se trata de impresiones, de amores, una advertencia suele ser con frecuencia inútil. El ánimo desecha todo esfuerzo que no es inspirado por el propio apasionamiento, no sufre tutela alguna: hay mas; siempre va contra lo que se piensa como que sus ímpetus son espontáneos, irreflexivos. Niégome, pues, á indicarte cosa alguna, creo obrar bien, más tarde me darás la razon. Eres bueno, eres sincero, bastan esas cualidades para que tus actos sean merecedores del más alto aprecio.

Alberto le oía, pesando cada una de sus palabras, aunque sin aceptar completamente que le negara sus indicaciones. El habia creido que Florencio pudiera ser su aliado.

Su deseo de unirse á Ofelia, no era una impresion ligera, sinó la aspiracion de su alma, su único afan.

Ofelia me ama, se decia, y cederá á mis ruegos en cuanto se aperciba, que no considero el matrimonio como un sacrificio.

No hay temple de alma, que se aparte constantemente de la ventura por el solo esfuerzo de la voluntad.

El culto al deber tiene ya en ella un carácter heróico, no puede ir mas allá, no seria humano.

Y el jóven sonreia á sus esperanzas.

Dajaré pasar unos dias para volver al ataque, dejémosla distanciarse del impulso que la sostiene.

VII.

ABNEGACION

Ofelia habia respondido decididamente á las objeciones y razonamientos de misia Dorotea, que no la creia en el deber de rechazar con obstinacion los deseos manifiestos y sinceros de Alberto.

—Puesto que lo amo, deseo que me ame siempre, quiero que me ligue á la vida ese cariño puro y noble, decíale la jóven invariablemente.

—Pero cómo puede ligarte un amor del que te desprendes?

—Para que no me falte. Mi memoria vivirá siempre en su alma generosa, á mi recuerdo se sentirá engrandecido por un afecto tan desinteresado, me considerará como su bienhechora. Es lo que quiero: ¿cómo amándolo voy á ejecutar lo que lo hará infeliz mas tarde? Razonemos, tia: donde no existe el bienestar recíproco, hay una ó dos víctimas, y la situacion se hace inestable.

La aspiracion tan justa con que procuramos encaminarnos hácia la ventura, es una tiranía del corazon á la que se obedece; si yo me opongo caeré volteada como obstáculo débil, si siempre lo veo fuerte anonado al sér que amo.

—Colócate tu en el caso de él.

—Lo hago, y mi conducta seria la suya.

—Entónces...?

—La de él seria exactamente la mia: conozco su alma.

—Por lo menos no debiste resolver tan pronto, hubieras esperado, y si el alejamiento que temes se producia, entónces....

—Entónces hubiera sufrido un desengaño atroz, y quiero llevar á la tumba, que me aguarda, mi ilusiones de niña, mi creencia en el amor eterno, inestinguible.

—Te forjas un mundo como no existe.

—Así me hace feliz. ¿O cree usted que se puede gozar tropezando con la miseria de los séres que amamos? Mi mismo hermano, espíritu noble y levantado, aprobará para sus adentros mi conducta, yo lo aseguro. El me dirá lo que quiera, pero no empeñará su influencia para que ceda, y obre chocando con las inspi-

raciones de mi sér moral. El tiene culto por la verdad, por la sinceridad, que es la honradez en los afectos, y obrando como lo hago, sacrifico mis deseos en aras de ese culto, verdadera religion para los dignos. Acaso la virtud consiste en esos esfuerzos interesados, mezquinos, estrechos, de pura convencion, con que procuran vivir sin dañarse ostensiblemente? ¿No habrá un ideal mas elevado, para los que aman el bien y se sienten capaces de sus inspiraciones? Si concebimos un Dios justiciero levantémonos hasta él, el sacrificio purifica, ennoblece, es casi el martirio por su causa.

Y Ofelia arrebatada por sus inspiraciones jenerosas, desoía las palpitaciones de su amor, lo sacaba de la tierra llevándolo hasta su orígen.

No era sin lucha, sin esfuerzo, que doblaba su naturaleza.

Sus momentos de vacilacion eran terribles.

El dolor, avasallaba su alma, la duda emponzoñaba sus anhelos, pero ella se habia trazado un rumbo, lo creia bueno, y continuaba en él con esfuerzo sobre humano.

Girones de su sér moral iban á clavarse en cada una de las espinas de ese sendero.

Hasta el dolor físico venia á aumentar el sacrificio, su salud se quebrantaba de dia en dia, de hora en hora.

Una gran palidez iba sucediendo al fuerte encarnado de sus mejillas rugosas.

Su apetito disminuía, alimentándose de una manera insuficiente.

Ella notaba todo aquello con poca pena.

Acaso veia en la muerte el único asilo de paz para su espíritu atribulado, el único término á su lucha.

Alberto la veia diariamente, siempre con tierna é insinuante solicitud.

Segun se había propuesto, dejó transcurrir muchos dias sin renovar sus exijencias, sus deseos.

Apercibióse de la alteracion que evidenciaba la salud de la jóven.

Esto lo entristeció profundamente.

Acaso crée que mi amor vacila y se aleja de ella?

Podrá tacharme de ingrato, tal vez de falso.

Así pensaba una tarde, caminando apresuradamente al impulso de tales temores, resuel-

to á exijir con mayor apremio, la celebracion del matrimonio en que cifraba su ventura.

Encontró á Ofelia bordando sobre un riquísimo pañuelo las iniciales de su hermano.

A su lado cosia misia Dorotea alzando periódicamente la vista para fijarla con tristeza en el rostro de su sobrina.

Aquella señora tan alegre, en cuyo carácter jovial no existían momentos de melancolía, había perdido sus sonrisas, sus frases chispeantes.

Veíasela caminar de un lado á otro sin la menor animacion, á veces abstraida, sin determinar sus actos, sin darse cuenta de ellos.

Cuando Alberto anunció su presencia, Ofelia le miró para sonreirle, misia Dorotea para decir:

—Lo estrañaba ya, buen amigo.

—Me alegro de eso, señora: vengo dispuesto á consagrarme á ustedes: hoy no tengo ya quehaceres.

—Gracias.

—No me lo agradezcan, pues es en la única parte que me encuentro bien, aun cuando deploro que mi mala estrella no me permita hallarme mejor.

Otelia lo volvió á mirar.

—Si, continuó Alberto, con marcada amargura, es terriblemente doloroso que los mejores deseos, las inspiraciones mas sinceras, se estrellen en la duda.

—No tienes el mínimo derecho para lanzar esas palabras que serian hirientes si no viera detras de ellas el espíritu del que habla.

—Qué no tengo derecho! acaso tu negativa significa otra cosa que la desconfianza en mi afecto?

—Volvemos á las andadas! Y crees tú que no hay sacrificio en mí, al negarme á tu deseo que sería justamente mi ventura?

—Por qué, pues, la obstinacion?

—Por que te amo.

—Pero no crees en la estabilidad de mi cariño.

—No desconfio de tí, sino de la naturaleza humana. Nuestros afectos, como nuestros ódios, que dependen muchas veces de nuestras impresiones, son independientes de la voluntad, y queriendo amarme dejarias de hacerlo, sin la menor culpa, pero no sin que tal desengaño me fuera horrible: no quiero provocarlo, quie-

ro tener siempre tu cariño, que es una mirada de Dios en medio de mi desgracia.

—Pero en ese peligro están todas las que se casan.

—Has dicho bien: en ese peligro, pero yo puedo adelantarme la realidad con una simple ojeada del buen sentido.

Alberto dejó de hablar, sus ojos se empañaron con una lágrima de ternura.

Ella vió esa lágrima, ocultó su rostro, se levantó rápidamente, pasó á la otra pieza, y arrojándose sobre un sofá dejó correr el llanto que la ahogaba.

—Pobre Ofelia! murmuró misia Dorotea; tan digna de mejor suerte. Hay hechos que parecen una venganza de Dios mas que de los hombres.

—Señora! póngase usted de mi parte: ella le escucha, le obedece.

—Es inútil, Alberto; hemos hablado sobre eso, y me repite lo mismo; no conozco nada semejante á su firmeza de carácter. Asi es Florencio, cuando niño era obstinado, terco. Hoy, que reflexiona sus decisiones nada las quebranta. Esta niña se sentirá morir firme en su propósito: lo cree bueno y nada la hará variar. Yo

me aflijo mucho, la siento consumirse dia á dia, veo los progresos de un nuevo y terrible mal, que ella descuida. Se lo he dicho á Florencio, y ha movido la cabeza con ese aire de constante preocupacion, por única respuesta: él la conoce.

—Pero es necesario hacer algo, aun en contra de su voluntad. Uno no puede, no debe cruzar los brazos en presencia de un nuevo ataque de la suerte. Yo la hablaré; que me oiga en eso siquiera, que se conserve para nuestro cariño.

Calmadas las agitaciones de su llanto, Ofelia volvió á su puesto, ocupándose nuevamente de su bordado.

—Tengo, alma mia, derecho á que me escuches en pago de la negacion con que haces retroceder mi ventura?

—Si alguien puede influir en mis decisiones, ó en mi manera de ser, eres tu seguramente.

—Formulo entónces mi peticion con la seguridad del éxito, y lo hago con entera franqueza. A pesar de la fortaleza de tu ánimo, dejas que la debilidad domine tu cuerpo: te sientes

mal, enferma, y no haces un solo esfuerzo por tu salud, que se quebranta dia á dia. Eso no es digno de tí.

—Mi mal no está bajo el dominio de la ciencia, mi enfermedad es moral, por lo menos, allí está la causa de que se resiente mi cuerpo ¿qué puedo hacer?

—Convengo en que te sean inútiles los médicos, pero de ninguna manera en que no te sea provechosa una reaccion provocada por tí misma, un movimiento de energía que se traduzca en bienestar físico.

—Lo tendrías tú en mi lugar?

—Tal vez.

—Bueno: convienes en que existen dificultades. Yo las pongo en la categoría de insuperables; he intentado distracciones, pero los momentos de dolor, de hastío, de indiferencia, por los falsos goces, matan el menor impulso de la voluntad, tambien debilitada en una lucha sin tregua. Se pide eso al enfermo que desea vivamente sanar, pero yo....

—Cruel, injusta! ¿los que te amamos no merecemos de tí el sacrificio de un esfuerzo por conservarte para ellos?

—Oh! sí: y á ustedes debo ya la carga de la vida, por ustedes haré lo posible por conservarla.

—Lo oye usted misia Dorotea: ella promete vivir, usted le indicará lo que debe hacer: se compromete á obedecerla ¿no es eso?

—Y cuándo lo he dejado de hacer?

—Muchas veces, segun creo, pero eso no sucederá desde ahora. Ahí viene Florencio, tambien nos ayudará....

El jóven penetró rápidamente, había en su semblante una estraña animacion, que apenas se ocultaba bajo la capa de su sombría seriedad.

—Qué nuevas nos traes? preguntó Ofelia, como queriendo adelantarse á las quejas que iban á esponerse, y desviar de ella algun tanto la atencion, é intrigada tambien por el semblante de su hermano.

—Nada que valga, respondió Florencio, sentándose con desgano en el sillon próximo á Alberto.

—Me había parecido ver en tí señales de algo nuevo: me equivoqué.

—Si: apenas he caminado unas cuadras, y sin ver á nadie.

—Nosotros atacábamos á tu hermana que se abandona, que gasta á sabiendas su salud, no intentando nada para reponerla.

—He prometido hacerlo, señor mio; basta, pues, de reconvenciones, añadió cariñosamente Ofelia.

—Conste entónces tu promesa una vez mas.

—Sí, que conste.

—¿No ha venido hoy Carlota?

—Aun no: ahí tienen ustedes á mi señor hermano interesándose decididamente por mis amigas.

—No: me estrañó no verla, simplemente.

—Y á Celia?

—La vi anoche hasta tarde.

—Florencio está en la buena, casi luchan por él. Y Ofelia adoptaba con esfuerzo un tono alegre, complaciendo con ello á esos séres que le eran tan queridos.

—Si: estoy en la buena, repuso el jóven con distraccion.

—Exactamente en la inversa de mi posicion, profirió Alberto.

Ofelia lo obsequió con una mirada de melancólica amargura.

Misia Dorotea observaba atentamente á su sobrino.

Algo mas veia la buena señora, de lo que habian visto los jóvenes un momento antes.

Carlota, la buena amiga, apareció en ese momento.

—A tiempo llegas, díjole Ofelia oprimiendo sus dos manos, mi señor hermano estaba empeñadísimo en que yo le habia de decir por qué no habias llegado aún.

La jóven se sonrojó de placer.

—Agradezco ese amable recuerdo.

—Que lo tiene usted muy merecido, contestó Florencio saludándola.

—De ninguna manera.

—Bueno fuera que no se acordara de tí. Cuéntame los sucesos del dia: sabes que siempre estoy con ánsia de novedades.

—Yo las busco para tí: hoy han sido poco felices mis esfuerzos, he conseguido sin embargo un buen librito: te lo traigo.

—Gracias: aunque ya sabes que ahora prefiero las novedades contadas, quiero saber algo de lo que sucede á mi alrededor.

—Poco hay de eso.

Florencio miró el reloj, y dijo levantándose:

—Tengo el pesar de abandonar á ustedes por un momento, me ha llegado la hora de una pequeña tarea; celebro poder dejar á Olelia tan bien acompañada ¿quieres que vamos, Alberto

—A tus órdenes.

Lo jóvenes saludaron retirándose.

VIII

PROYECTOS

Florencio dió el brazo á su amigo, arrastrándolo hácia la calle.

—Como hemos de volver juntos, es indiferente la direccion, caminemos, pues, hácia el Sud, las veredas están más despejadas.

—Como quieras.

Los jóvenes siguieron en silencio enfilando la calle de Salta.

Cuando habian adelantado dos cuadras, Florencio sacó un diario de su bolsillo y exhibió una correspondencia de Entre Rios marcando un párrafo á la atencion de su amigo, á quien pasó el diario.

Este leyó en él, lo siguiente:

«Los encuentros de las montoneras que mantienen la anarquia y avivan los ódios porque nos hallamos divididos, se repiten con rara frecuencia y doloroso encarnizamiento.»

«Nadie da ni pide cuartel; es una guerra de salvajes.»

«Hace algun tiempo se afilió en uno de los bandos, un jóven porteño recien venido de esa, que ha sabido hacerse de algun prestigio, y es ya uno de los caudillejos más temibles.»

«Llámase Arturo Sierra; no se sabe que lo ha traido ni por qué combate; pero es cruel, sanguinario y valiente. No acepta una ingerencia directa en los sucesos políticos que se desarrollan; parece que pelea por un deseo feroz de esterminio. Cuéntanse de él curiosas anécdotas, que lo muestran en el carácter que le doy.»

Hasta ahí el párrafo que se relacionaba con nuestro conocido.

Alberto, pálido, emocionado, volvió el diario á su amigo.

—Qué piensas...?

—Que ya sé donde encontrarlo. Yo sabré librar á los entrerianos de tal sabandija. Y Florencio sonreia.

—Pero, acaso puedes pensar en partir de Buenos Aires?

—Por qué no?

—Yo estoy resuelto á seguirte. El otro dia me

dijiste que el tiempo no debilitaria tu ódio, el mio tampoco: esperemos hermano, el estado de Ofelia me alarma indeciblemente, váse á enfermar, y más rápidamente si nos vamos, yo creo necesario dejarla restablecida.

—Y si sale de Entre Rios... y si lo matan?

—No miro que el segundo caso sea un mal.

—Ah! lo arrancarian de mis manos, y creo que me remorderia siempre la conciencia. Quédate tú: aseguro la rapidez de mi vuelta.

—No lo consiento, y no te creo capaz de irte solo, y buscar solo un peligro que yo debo compartir. Seria horrible, muy horrible, saber que te habia herido, que te habia muerto tal vez, y por mi causa, mientras yo estuviera aquí impasible. Oh! hermano mio, tu no me dejarás, ponte en mi caso, prométeme no partir solo. Yo debo ser el que hiera primero.

Florencio guardó silencio: la exijencia de su amigo era motivada, justa; y era tambien razonable, que la ausencia de ambos dañara la delicada salud de Ofelia.

—Tú me vengarás si sucumbo; que sea ese tu compromiso, añadió Florencio haciendo una última tentativa.

—Así lo harás tú si yo caigo; pero en el acto, mezclando la sangre de ese monstruo con la mia, no cabe otra venganza.

—Sea, murmuró Florencio doblando la frente.

Caminaron unas cuadras en silencio.

—Pienso, dijo de pronto Florencio, que nuestro viaje debe realizarse en breve, estoy ya como sobre áscuas, y no voy á saber contenerme.

—Y cómo alejar los motivos que nos detienen?

—Mañana preguntaré decididamente al médico de Ofelia cuál es en realidad su estado: esos señores temiendo alarmar suelen ocultar la verdad. Esperaré los dias necesarios á su restablecimiento, y partiremos.

—Yo creo, que la nueva enfermedad de Ofelia, avanza, es lenta tal vez, pero....

—Mañana lo sabremos. Ojalá el cielo no castigue mi deseo; pero tanto como la salud de mi hermana quisiera poder apartarme de ella sin cuidado.

—Todo se hará: regresemos, pues nuestra salida las habrá alarmado.

—No creas.

—Misia Dorotea ha debido leer algo en tu semblante, y aseguro que apenas domina ya su impaciencia.

—Pobre tia! cuánta amargura para sus últimos años, que debieron ser tan felices.

Un momento despues, los jóvenes, tranquilos en apariencia, ocupaban sus puestos respectivos, animando el diálogo que sostenian Ofelia y Carlota.

Al dia siguiente, Florencio se dirigió á casa del médico.

—Doctor, mis intereses me reclaman ya lejos de Buenos Aires y quisiera saber la verdad respecto al estado de mi hermana.

—Por cuanto tiempo se alejaria usted?

—No puedo fijarlo; pongamos un mes como máximum.

—Estrañaría ella mucho su ausencia?

—Es de suponer.

—Bueno amigo, no se vaya. Su buena, su heróica hermana, está consumiéndose en el sacrificio que le impone el cumplimiento de lo que

cree su deber, y temo mucho que pronto la veamos agravarse considerablemente. Su afeccion es difícil de atacar, hasta el alma no llegan los recursos de la ciencia.

—Pero usted espera salvarla?

—Ay! amigo, no espero nada: usted me exijió franqueza; hablo á un hombre.

—Gracias, doctor. Pobre Ofelia!

Y Florencio salió, entristecido por aquella profecía de una desventura irreparable.

Llegó á su casa, y como si á las palabras del médico debieran agregarse los hechos, la encontró postrada por un nuevo y terrible síntoma.

La fiebre lenta de la consuncion habia adquirido una gran intensidad.

Sus esfuerzos no pudieron ya dominar la postracion que la invadia.

No pudo ocultar, como hasta entónces, que arrojaba frecuentemente de su pecho grandes cantidades de sangre.

Envióse por el médico, que, despues de examinarla, miró á Florencio como diciéndole: recuerda mis palabras.

Recetó cuidadosamente, despidiéndose hasta la noche.

No tardaron Carlota y Célia en rodear su lecho.

Ella les sonreia tristemente.

Alberto emocionado pidió con instancias á Florencio le dijera sin reticencias, que se podia esperar.

—La muerte: respondió el jóven con espresion de sombría desesperacion.

Alberto le estrechó la mano nerviosamente esclamando: despues cavaremos la otra fosa!

IX

EL CASAMIENTO

Alberto desolado por las palabras de Florencio, corrió á casa del médico.

—Doctor! y una reaccion moral no tendria una influencia benéfica para la salud de Ofelia?

El hombre de ciencia movió la cabeza con aire de duda:

—Tal vez, dijo; se citan algunos casos, es un medio, una esperanza de prolongar un tanto la vida.

El jóven no esperó oir mas.

Llegó jadeante á casa de Florencio.

—Acabo de hablar con el médico.

—Y qué te ha dicho?

—Hay una esperanza, un recurso, debemos probarlo.

—Cual?

—Casarme.

—Y cómo?

—Yo hablaré con ella, la convenceré ¿quieres que lo haga?

—Cómo negártelo? hazlo buen amigo.

—Está ahora en estado de oirme?

—Creo que sí, se le ha calmado la fiebre.

Voy á prevenirla.

—Y el jóven, enternecido, pasó al dormitorio de su hermana.

—Olelia! Alberto quiere hablarte, solicita tu permiso ¿lo hago pasar?

—Sí: dile que venga. Amigas, quieren dejarme un instante? añadio dirigiéndose á Celia y Carlota.

Ambas se retiraron.

Florencio apareció un momento despues, dando el brazo á su amigo, que sentia debilitarse su esperanza.

Los dejó solos.

Alberto, de pié junto al lecho, doblada sobre el pecho la frente dolorida, no se le ocurria una sola palabra con que empezar su peticion.

—Agradezco tu interés, amigo mio, pronto nos separaremos para siempre; el cariño de que me siento rodeada aleja las angustias de la

muerte, que revoltea en torno mio, ¿qué me quieres?

—Vengo á exijirte un sacrificio en nombre de nuestro amor desventurado, á pedirte no ya mi dicha, sinò que me libres de la desesperacion.

—Qué placer mas grande que serte agradable! habla, que mi memoria te sea siempre cara.

—Me lo prometes?

—Dime lo que es.

—Debo decirte que no me moveré de este sitio sin que me lo concedas: es algo mas que mi propia vida.

Y Alberto se arrodilló al pié de la cama, oprimiendo una mano de la enferma.

—Me asustas ¿en qué cosa tan grave puedo ya intervenir?

—En algo que se trata de tí misma, de vencer tu obstinacion.

—Ah! esclamó la jóven entreviendo el objeto de tanto afan.

—Si, necesito que retires tu negativa, quiero que seas mia.

Ella sonrió tristemente.

—Antes querias unirte á un ser deforme, y hoy le añades algo á tu raro deseo.

—Ofelia! Es horrible tu lenguaje.

—Espreso la verdad.

—Oh! no es eso: ¿tú, mi ángel de siempre, mi único amor, mi eterno afan, me huyes diciéndome que amas? piensa en tu ingratitud, no en mi deseo.

—Alberto, voy á morir.

—No, vas á sanar.

—Si me caso?

—Quieres hacerlo?

—Escucha, y no me llames cruel—repuso la jóven despues de un momento de vacilacion,—si tuviera la mínima esperanza de vivir, te diria que no: pronto encerrarán mi cuerpo fuera de la luz, puedo entónces realizar la aspiracion de mi vida: seré tuya algunas horas. Ven, acércate, y los labios rugosos de la jóven se posaron sobre la frente de Alberto.

Despues escondió el rostro: queria llorar.

El jóven llamó un instante despues, y misia Dorotea y las niñas penetraron en la habitacion.

Retiróse para buscar á Florencio.

—Ha consentido! preparemos todo brevemente ¿quieres?

—Sí: hagámoslo ¿pero le has hablado de cuando debia tener lugar la ceremonia?

—No, pero no creo que se oponga á que sea mañana por ejemplo.

—Veamos: voy á verla, es necesario que todo se le consulte.

Cuando Florencio apareció en la pieza de la enferma, ésta, un tanto repuesta de la emocion, se habia incorporado y anunciaba á sus amigas su próximo enlace.

Habíase reanimado visiblemente.

Su melancolía no presentaba ese tinte de dolorosa amargura, que se le notaba en los dias anteriores.

Un reflejo de ventura caia sobre su tumba entreabierta.

Es triste que las flores aparezcan en la tierra removida de un sepulcro.

—Qué quieres? preguntò á su hermano.

—Saber cuando dispone la novia que se traiga el sacerdote. Y Florencio le sonrió cariñosamente.

—Eso lo dirá el médico, aun cuando yo puedo desatender un poco sus órdenes.

—Esplícate.

—Quiero decir que no me casaré acostada; necesito, pues, consultar si podré permanecer de pié algunas horas.

—No veo inconveniente.

—Pues entónces á las órdenes de ustedes.

—Alberto quiere que sea mañana.

—Ese señor tiene una prisa muy grande: si es posible, tambien lo quiero yo. Desde ahora no tendré mas voluntad que la suya.

—Gracias en su nombre.

—Es casi mi deber: voy á pertenecerle.

—Corro entónces á prevenirle.

—Anda.

Los jóvenes aceptaron el deseo de Ofelia.

Esa noche vendria el doctor y se atendrian á sus observaciones.

Emplearon el tiempo en las demas disposiciones accesorias.

Alberto sentia una febril actividad.

El médico no halló graves inconvenientes para que en la tarde del otro dia se levantara la enferma durante una hora. Todo le era permitido en su estado.

Misia Dorotea y Florencio serian los padrinos.

Ofelia pasó la noche angustiosamente, aun que era indudable una pequeña y benéfica reaccion.

Su poderosa voluntad, parecia mandar en su terrible dolencia; queria estar fuerte.

Llegó la hora en que se dispuso Ofelia á dejar el lecho.

Su animacion se traducia en algun aumento de fuerzas.

Ella daba bromas, hacia por aparecer reanimada.

Carlota y Celia le trajeron magníficos presentes.

—Recuerdos para los que vivan; esclamó al recibirlos.

Sabia que se arrastraba rapidamente hácia la tumba. Su resignacion no era un esfuerzo; se habia familiarizado con la muerte; hablaba de ella sin temor, sin estremecimientos de angustia.

Fijáronse las seis de la tarde para la celebracion del acto.

Se interesaba con gusto y delicadeza por los menores detalles de su *toillette*.

Algunas íntimas, sabedoras del acontecimiento aparecian á curiosear y agasajarla.

Alberto creía en la realizacion de sus esperanzas.

El mismo Florencio, contajiado por aquella

ráfaga de animacion, habia perdido su sonrisa helada y amarga.

Misia Dorotea habia secado sus lágrimas.

Dieron las seis de la tarde y el cura de Monserrat penetró con paso lento y aire grave.

Iba á comenzar la ceremonia.

Ofelia recojió su espíritu un instante.

Realizaba su ideal, pero sin que encerrara la ventura que soñó.

Lo realizaba para huir del mundo á esconder en las entrañas de la tierra su cuerpo desfalleciente, y muy en breve, porque sentíase tocada por esos síntomas de muerte, que no engañan al médico práctico ni oscurecen la verdad al mismo enfermo.

Quiso ponerse de pié al lado de Alberto, una ráfaga sombría nubló su vista y tuvo que apoyarse en él para no caer.

—No es nada, gracias, dijo un instante despues respondiendo á la solicitud con que la rodearon sus amigas y Florencio; creí que no fuera tan pronto, añadió contestándose á sí misma.

Algunos alcanzaron el verdadero sentido de esas palabras; los jóvenes se miraron y Florencio abatió su frente para que rodara invisible por su rostro varonil una lágrima de ternura y de dolor.

La ceremonia interrumpida un momento continuó con menos animacion y mayor tristeza.

Todos sentian flotar en torno, respiraban acongojados el aliento de la desgracia.

Las últimas palabras del sacerdote parecieron agotar su postrer esfuerzo.

Las oyó para doblar la cabeza sobre el hombro de su esposo.

Su pecho se alzaba débilmente al compás de una respiracion fatigosa.

Colocáronla inmediatamente en su lecho.

Ante los cuidados del facultativo, la jóven recuperó la conciencia de su sér.

La primera mirada fué para Alberto.

—Que entren mis amigas, dijo, quiero despedirme de ellas: tendré tiempo que consagrarles... no teman, añadió, dirigiéndose á su esposo y á Florencio.

Llamadas las jóvenes se precipitaron al dormitorio.

—Amigas! las veo por última vez, recuérdenme con cariño.

—Por qué nos hablas así? observó Carlota sollozando.

—No puedo hacerlo de otro modo, conozco mi estado. Me es grato verlas rodeando mi lecho. La muerte no es para mi un enemigo: no la temo, tal vez la he acariciado en mis horas de amargura. Quiero estrecharlas contra mi seno: verdad que lo aceptan?

Ven Carlota, abrázame.

La jóven se precipitó llorando en los brazos de su amiga infeliz. Y una tras otra fueron bañando con sus lágrimas el lecho.

Despues abandonaron la habitacion.

A ustedes, qué puedo decirles? mi alma les pertenece. Rogaré desde la eterna mansion porque se aparte la desgracia de su lado.

Alberto tomándole una mano se arrodilló al pié de la cama.

Misia Dorotea y Florencio se aproximaron.

El jóven no lloraba.

—Tia, adios, dijo, sintiéndose desfallecer.

Que entre el sacerdote: añadió debilmente.

Florencio y Alberto arrancaron á misia Do-

rotea del lecho, haciendo penetrar al *ministro* de Dios.

El médico se aproximó tambien; mas fué para decir que todo terminaba.

La enferma sonrió por un último esfuerzo y su corazon dejó de latir.

Al dia siguiente se depositaba su cuerpo en el Cementerio del Norte.

Florencio y Alberto se estrecharon las manos hablándose con miradas sombrías.

X

VENGANZA

Ocho dias despues de la muerte de Ofelia, tomaban pasaje para los rios, nuestros amigos Florencio y Alberto.

Llegados á bordo, se sentaron silenciosamente sobre cubierta.

Los demas pasajeros los miraban, estrañando su aire de sombría tristeza.

Ellos dirigian su vista hácia la capital argentina, con esa espresion de plegaria con que envia su adios el que se aleja.

¿Dónde iban?

El lector lo habrá comprendido.

Con mayores datos sobre el paradero de Sierra, que los que conocemos, partian llevados por el deseo implacable de la venganza, á que los impulsaba el ódio que palpitaba en sus corazones.

Sierra guerreaba entónces, en las fronteras de Santa Fé y Entre Rios.

Los jóvenes querian acercársele brevemente, resueltos á utilizar para ello todos los medios, y á no desviarse de su empeño.

No habian formulado plan alguno: no lo necesitaban; uno mismo era su deseo, y casi tan intenso en uno como en otro.

Desembarcaron en el Rosario.

Desde allí, les era mas fácil conducirse al lugar en que se decian situados los campamentos.

En pocas horas, arreglaron sus medios de locomocion, y se pusieron en marcha.

Los datos recojidos eran exactos: antes de 36 horas, debian avistar la gente, entre la que querian mezclarse.

Alberto se animaba á medida que sentia próxima la realizacion de su deseo, aumentado por la muerte de su amada.

Florencio, igual, impasible; solo sus ojos se iluminaban de tiempo en tiempo, recordando la proximidad de su enemigo.

Poco antes de llegar, Alberto observó:

—Has pensado en lo que tenemos que decirle?

—No necesito: me le acerco, lo insulto, le obligo á batirse con uno de nosotros.

—Sabes que he de ser yo el primero?

—Y si él me prefiere?

—Solamente que se niegue á batirse conmigo sin haberlo hecho antes con vos.

Florencio lo miró.

—Es ó no justo, lo que te digo?

—Oye hermano: es justo....

—Y entónces...?

—No te ofendas de mi franqueza.

—No: dí.

—Te creo menos diestro que yo, para el manejo de cualquier arma, temo que Sierra, ejercitado ya en el combate, sea el vencedor y no me perdonaría haber consentido en tu sacrificio.

—Esas consideraciones no son ni pueden ser atendibles: crées tú, que yo podría perdonarme haber sido causa de tu muerte, aunque indirecta?

—Hay un medio, repuso Florencio despues de un momento.

—Cuál?

—Echemos suertes: aceptas? la voz de Florencio suplicaba verdaderamente.

—Hum... no!

—Te lo ruego.

Alberto sujetó el caballo.

—Te creo bastante noble, para no suponer en mí el menor deseo, de que seas tú quien combata, pero no sé resistir á tus exijencias: echemos suertes!

Y el jóven quitó una hoja á su cartera, y escribió los números uno y dos, en papelitos iguales, y los presentó á su amigo para que eligiera.

Este tomó uno, lo abrió, y dijo tristemente: dos.

Parecíale, que en aquel guarismo, que la casualidad ponia en sus manos, estaba la sentencia de su amigo, quien regocijado sinceramente, dijo con animacion: vamos!

Poca distancia les faltaba ya: no tardaron en cerrarles el paso un cabo y un soldado.

—Buscamos al oficial Arturo Sierra, dijo Florencio brevemente.

El cabo los dejó seguir adelante, acompanándolos.

Informáronse en los primeros grupos, y dióseles la direccion.

Sierra conversaba en un grupo de jefes y oficiales.

Nuestros amigos se apearon á corta distancia.

La emocion de Alberto era visible.

Florencio, tranquilo, caminó hácia el grupo y saludó cortesmente.

Sierra los habia conocido: una palidez intensa se pintó en su semblante, y sonrió de un modo siniestro, adelantándose á recibirlos.

No le cabia duda que iban por él.

Florencio hablóle con voz serena, apartándose como para no ser oído.

—Usted comprenderá á qué venimos, escusemos, pues, palabras inútiles...

Sierra sonrió con altivo orgullo y repuso señalando á Alberto:

—Es al señor, á quien le corresponde más, pedirme cuenta de esos actos.

—Y la pido, asesino de mujeres! esclamó el jóven sintiendo hervir su sangre.

—Y la doy, hipócrita seductor! replicó Sierra sin alterarse.

—Es necesario que usted sepa, añadió Florencio, que si la suerte lo ayuda, yo pediré tambien esa cuenta.

—Y yo la daré á mi vez.

—No hay mas que hablar: haga usted que lo acompañe uno de sus amigos. Por las armas nos arreglaremos, son buenas todas las que matan.

Sierra volvió donde estaban sus compañeros, habló un momento con un jóven capitan y ambos volvieron á unirse á nuestros jóvenes.

—Usted apadrina al señor? dijo el capitan dirigiéndose á Florencio.

—Es verdad.

—Hablemos entónces. Ambos se apartaron un momento.

—Estamos arreglados, dijeron poco despues: falta el sitio.

—Es lo de menos: á caballo y en marcha!

El campamento se levantaba próximo á un estenso monte en el que penetraron los jóvenes.

Llegados al sitio que les pareció adecuado, se detuvieron, echando pié á tierra.

Habian arreglado que el primer duelo se efectuaria, disparándose al avanzar, los seis tiros de los respectivos revólvers.

La distancia era de doce pasos.

No tardaron los adversarios en colocarse frente á frente.

Sierra habia recuperado su terrible calma.

Alberto, empalidecido por la emocion, hacia esfuerzos indecibles por traer á su ánimo la serenidad necesaria.

Florencio lo temia todo: su poderosa voluntad ahogaba la inquietud de su alma.

El capitan dió la primera palmada, y los jóvenes se miraron, enviándose sus ódios antes que cruzaran las balas que los hacian tangibles.

Sonó la segunda palmada y doblaron los brazos, abocándose al pecho las armas.

Sierra sonrió orgullosamente.

La tercera señal se oyó confundida con dos detonaciones.

Los adversarios estaban ilesos.

Alberto avanzó dos pasos, y volvió á hacer fuego inútilmente.

Sierra aguardaba inmóvil.

Su adversario avanzó nuevamente, é hizo que una de sus balas le rozara la oreja. Siguió avanzando.

Oyéronse dos detonaciones, casi simultáneas,

y el cuerpo de Alberto giró rápidamente, cayendo si lanzar una esclamacion.

Florencio, y el capitan, se precipitaron sobre él.

Tenia herido el brazo derecho, por el primer disparo, y atravesado el corazon por el segundo.

Murmuró el nombre de su amada, y de su amigo, se retorció en las postreras convulsiones, y quedó inmovilizado por la muerte.

Florencio se irguió, pálido y estremecido.

—Soy yo el que debo matarte, asesino! esclamó dirigiéndose á Sierra, que permanecia en su puesto de combate.

—A tus órdenes, repuso éste, con voz amenazadora y vibrante.

El capitan los miró admirando tanto ódio y valor.

En este segundo duelo rehusaron el revólver.

Tomó su espada y la de Sierra, y las midió.

—Hay una pequeña diferencia, dijo, se puede buscar otra.

No amigo: deme la mas corta, añadió Florencio.

—La reclamo para mi, replicó Sierra.

—Que elija el señor, que no sabe cuál es la mas larga, observó el capitan.

Florencio tomó una al acaso: era la corta.

Un momento despues, cruzaron los aceros, no léjos del cadáver de Alberto.

Ambos eran poco diestros pero de gran serenidad y sangre fria.

Florencio comenzò á dominarlo.

—Has conseguido hacerme odiosa la existencia, arrebatando á mi cariño los séres que amaba, solo el ódio puede alentarme.

—Tú rompiste mi ventura, apoyando la ingratitud de tu hermana, repuso Sierra, sin dejar de impulsar vigorosamente su acero.

Guardaron silencio; se oia su respiracion fatigosa.

Sierra se tiró á fondo.

Florencio desvió su cuerpo saltando ajilmente y hundió su espada hasta el puño en el pecho de su adversario, que abriò los brazos y cayó para no levantarse mas.

—Oh! no vale tu vida, miserable, las existencias que has cegado.

El capitan seducido por el tremendo valor, y

poderoso dominio sobre sus impresiones, ejercitado por el jóven, le tendió la mano, que Florencio estrechó.

—Vd. me ayudará señor á que sepultemos ese desgraciado, dijo señalando el cuerpo de su amigo.

—Ahora mismo: vuelvo ya con lo necesario.

El capitan se alejó.

Nuestro amigo, de pié en medio de dos cadáveres, abatió su frente para dejar correr sus lágrimas.

Dos horas despues se despedía del capitan habiendo arrojado sobre la tumba de su amigo, de su hermano, los últimos puñados de tierra.

FIN

3 2044 010 419 422

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

DEC 0 1 1995 ILL